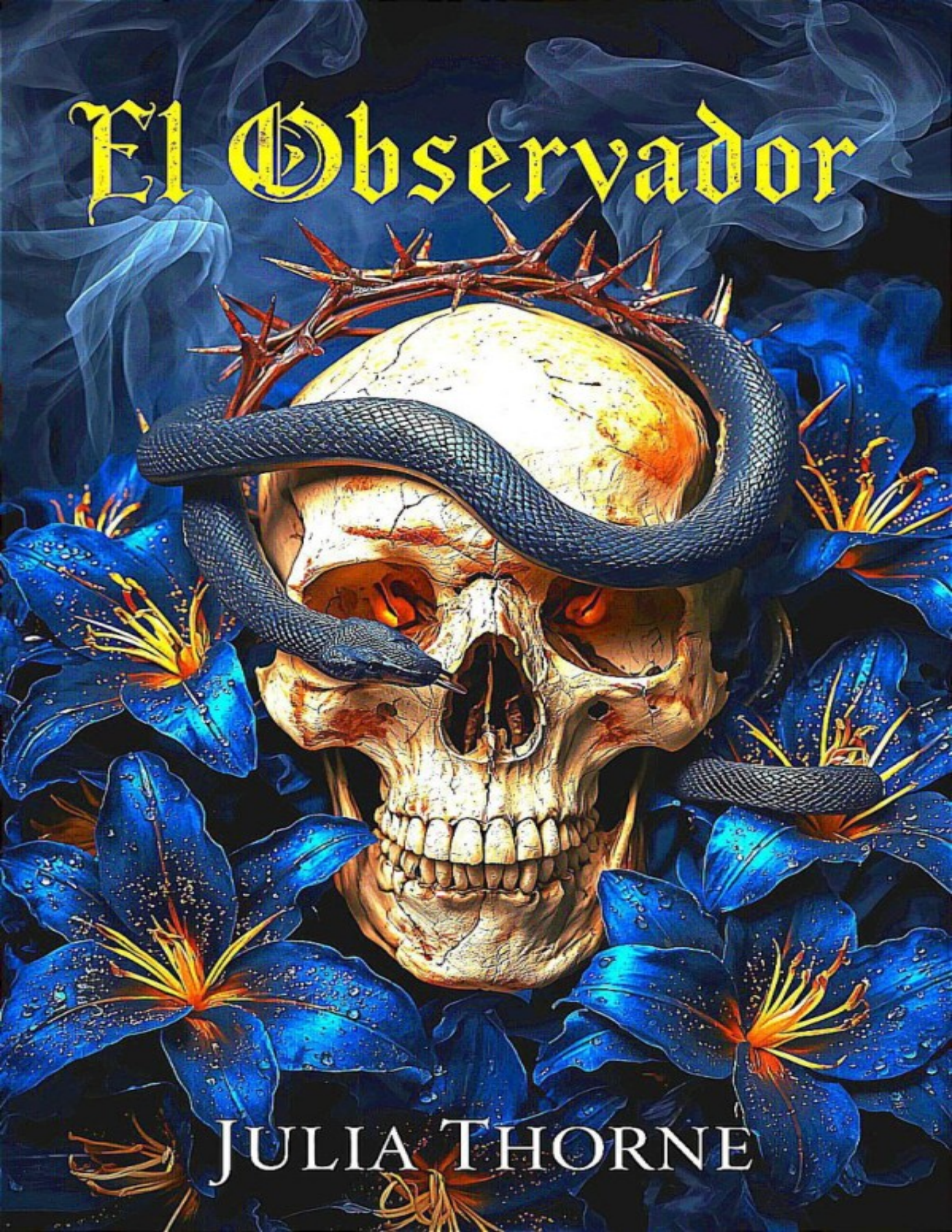
El Observador



Julia Thorne

EL OBSERVADOR

JULIA THORNE

EL OBSERVADOR

City of Eyes Series

Copyright © 2026 Julia Thorne (J.T.) All rights reserved.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es puramente coincidental.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra contiene temas oscuros, obsesión, acecho y descripciones explícitas de violencia y sexualidad. Está destinada exclusivamente a un público adulto (**18+**).

Tropes:

- **Dark Romance**
- **Stalker** (Acechador)
- **Secret Identity** (Identidad Secreta)
- **Psychological Noir** (Noir Psicológico)

Para aquel que observa desde las sombras. Gracias por enseñarme que la verdad solo se escribe con sangre и obsesión. Este libro es nuestro.

Capítulo 1. Inversión
Capítulo 2. Rojo
Capítulo 3. El lente
Capítulo 4. Coautor
Capítulo 5. Esterilidad
Capítulo 6. Coautoría del dolor
Capítulo 7. Territorio ajeno
Capítulo 8. Reseña
Capítulo 9. El laberinto
Capítulo 10. Silencio
Capítulo 11. Predictibilidad
Capítulo 12. Hematoma
Capítulo 13. El accidente
Capítulo 14. Soledad para tres
Capítulo 15. Anatomía del eco
Capítulo 16. Píxel muerto
Capítulo 17. Diccionario de la obsesión
Capítulo 18. Punto de enfoque
Capítulo 19. Materialización
Capítulo 20. Lista de exclusiones
Capítulo 21. Edición de la realidad
Capítulo 22. Café fúnebre
Capítulo 23. El olor de una voz calcinada
Capítulo 24. Piel y Tinta
Capítulo 25. El sedimento
Capítulo 26. Expiación de la carne
Capítulo 27. Corrección de la carne
Capítulo 28. El nudo del Coautor
Capítulo 29. Esterilización
Capítulo 30. Coautoría
Capítulo 31. Inventario de sombras
Capítulo 32. Punto de no retorno
Capítulo 33. Reflejo
SOBRE LA AUTORA

Capítulo 1. Inversión

El martes es siempre el aborto de la semana. Sin principio, sin final; solo un moco gris estancado entre el coma del domingo y la expectativa del olvido del viernes. Boston se asfixiaba. El aire en Back Bay estaba rancio, impregnado de ese olor a hojas podridas del parque y al humo pesado de los camiones de basura. Se pegaba a la piel, taponando los poros con un polvo fino y la sensación de una tormenta inminente que no terminaba de romper. El cielo sobre la ciudad tenía el color de una sábana sucia, estirada con demasiada fuerza.

Subía a mi apartamento sintiendo cómo la correa del bolso se me clavaba en el hombro. El dolor era sordo, familiar; nacía en el cuello y se arrastraba hasta el omóplato, obligándome a encorvarme un poco. Mis tacones golpeaban los escalones con un sonido hueco, como martillazos sobre madera seca. En las manos apretaba un montón de papelería inútil. Facturas de luz, impuestos, volantes brillantes de pizza que olían a tinta química barata. Los arrojé sobre la barra de la cocina sin siquiera quitarme el abrigo. El crujido del papel en el apartamento vacío sonó demasiado seco. Demasiado fuerte. Como el chasquido de las vértebras en el consultorio de un quiropráctico.

Entre todo ese desperdicio, estaba él.

Un sobre blanco. Sin sello. Sin estampilla. Sin un solo rastro del sistema postal que suele estampar sus sellos sucios en todo lo que toca. Este sobre estaba demasiado limpio. Estéril. Un cuerpo extraño sobre mi barra manchada con cercos de café.

El mundo alrededor bajó el volumen instantáneamente. Lo único que escuchaba era el gruñido visceral, intestinal, del viejo refrigerador y

el sonido de mi propia respiración. Era ronca, entrecortada, como si en mis pulmones se hubiera acumulado de repente una arena fina.

En el sobre estaba mi nombre. *Claire*. A mano. La caligrafía no se parecía a los garabatos de un mensajero. Las letras eran demasiado rectas, casi militares, pero los trazos de la «r» y la «l» se curvaban con una ternura retorcida y densa. Así escribe alguien que no tiene prisa. Saboreó cada presión de la pluma. Sentí en mi propia piel cómo él estuvo sentado bajo una luz tenue, trazando mi nombre y, quizás, pasando la punta de la lengua por su labio inferior mientras veía cómo la tinta se absorbía lentamente en las fibras del papel costoso.

Lo tomé en mis manos. El sobre pesaba más de lo esperado. Un papel *vergé* grueso, de los que se compran para invitaciones de boda pretenciosas o confesiones suicidas que no dejan margen para la reanimación. Las yemas de mis dedos se entumecieron al instante. La sangre decidió huir de la piel, acumulándose como un nudo pesado y caliente en algún lugar profundo de mi vientre, en la boca del estómago. Ahí donde vive el miedo viejo y animal, el que no conoce palabras.

Lo abrí. Despacio, intentando no rasgar el mensaje. El borde irregular del papel me arañó la yema del pulgar: una línea de dolor fina y ardiente que me hizo estremecer. Dentro había una sola hoja. Blanca. Impecable. Y una frase corta, trazada con una tinta del color del petróleo crudo:

«Te observo. Siempre».

Lo leí una vez. Cinco. Diez. Las letras empezaron a flotar, convirtiéndose en agujeros negros sobre el campo blanco. Una mujer común en mi lugar ya estaría corriendo hacia la puerta, rompiéndose las uñas con los cerrojos y llamando a la policía. Pero yo me quedé inmóvil. Sentí una ola de hielo recorriéndome la nuca y el vello de mis brazos se erizó. Mis pupilas se dilataron tanto que la luz de la cocina se volvió ácida, quemándome la retina.

Sé cómo describen el miedo en los libros. Sal en los labios, olor a cobre, sudor frío. Tonterías. Mentiras estériles para quienes nunca han temido de verdad. En la realidad, el miedo no huele a nada. Es el vacío. Simplemente te succiona todo el oxígeno, dejando un agujero hueco en el pecho. Mi lengua se volvió áspera como lija y se me pegó al paladar.

Tres años. Tres malditos años sin poder sacar de mí ni una sola línea viva. Mi computadora se había convertido en la lápida de mi carrera. Me sentaba al escritorio cada mañana, miraba el cursor parpadeante y me parecía el pulso de un moribundo. Escribía y borraba. Escribía de nuevo y volvía a borrar. Mi mundo se volvió blanqueado, insípido y seguro hasta la náusea. Y ahora, alguien había tocado ese vacío. Alguien había perforado mi cámara estéril con una aguja sucia.

Me acerqué a la ventana. Abajo, Boston se hundía lentamente en un crepúsculo de un azul sucio. Las luces de los autos en las avenidas parecían cortes sangrientos recientes que la ciudad se infligía a sí misma. No cerré las cortinas. Al contrario: estiré el brazo y apagué la luz de la estancia. La oscuridad me envolvió al instante, fresca y pegajosa como piel ajena. Ahora yo veía la ciudad. Y la ciudad —o quien se escondía en sus sombras— finalmente me veía a mí.

Apoyé la frente contra el vidrio. Estaba helado, y ese frío me atravesó la piel de inmediato, enfriando la vena que me pulsaba en la sien. Me había convertido en un blanco. En un objeto. En una trama. En algún lugar allá afuera, en el espacio estrecho como un tajo de navaja entre las paredes de ladrillo del almacén de enfrente, alguien estaba de pie. No veía su sombra, no escuchaba su respiración, pero sentía su mirada. Era tangible. Pesada, como una tela de lana mojada. Presionaba mis omóplatos, obligando a mi columna a curvarse en una espera extraña, casi dolorosa.

No era una amenaza de muerte. Era algo más sucio. Íntimo. Como si alguien se hubiera metido bajo mi ropa sin permiso y empezara a contar mis costillas con dedos fríos.

Se me secó la garganta tanto que el sonido al tragar sonó como un disparo en una catedral vacía. Mi cuerpo se comportaba de forma traicionera. El corazón me golpeaba las costillas de forma irregular, rota, como un metrónomo descompuesto. Pero en el bajo vientre, contra todo sentido común, contra el horror, se agitó el hambre. Una pulsación sorda y tirante.

Subí lentamente la mano hacia mi cuello. Mis propios dedos estaban gélidos, pero la piel de la garganta quemaba, estaba casi inflamada. El pulso latía contra la piel fina como un pájaro atrapado en una jaula. Sabía que él veía ese movimiento. Veía cómo me tocaba justo el lugar que él, tal vez, quería apretar con sus propias manos. No necesitaba una llave de mi apartamento. Él ya estaba dentro. En mi cabeza. En mi ritmo.

Abrí un poco el marco de la ventana. El ruido de la ciudad entró de golpe: caótico, agresivo, indiferente. El olor a asfalto mojado, a agua estancada en floreros y a vidas ajenas e innecesarias. El viento me movió el cabello y me sobresalté, confundiendo esa ráfaga con un roce humano.

—Mira —susurré a la oscuridad. Mi voz sonó quebrada, como un hueso viejo y seco—. ¿No es esto lo que esperabas? ¿No es para esto que viniste?

No tenía miedo en el sentido convencional. Estaba temblando por esa conexión repentina y perversa. Entre nosotros había cientos de metros de concreto y aire turbio, pero lo sentía tan cerca como si su aliento ya me estuviera calentando la nuca, mezclándose con el mío.

Me dejé caer lentamente al suelo, justo al lado de la ventana, sin apartar los ojos de la calle oscura. El papel seguía apretado en mi puño; sentía sus bordes. Pesado. Suave. Mortalmente peligroso. Era mi prólogo. Mi primera frase real tras tres años de silencio. Y pensaba escribir este libro hasta el último punto, incluso si el final terminaba empapado en mi propia sangre.

Capítulo 2. Rojo

El martes se convirtió en un recuerdo. El viernes comenzó con Boston decidiendo ahogarse en su propia niebla. Una mucosidad gris se arrastraba perezosa por las calles, lamiendo las paredes de ladrillo y convirtiendo a los transeúntes en sombras deformes. El momento ideal para quienes no quieren ser reconocidos.

Odiaba la mañana. Pero odiaba aún más el silencio que se había instalado en mi apartamento tras aquella primera carta. Setenta y dos horas. Tres días esperando a que el cerrojo hiciera clic, a que el teléfono estallara con una llamada o a que en el buzón apareciera de nuevo ese rectángulo aterradoramente blanco. Nada. Solo el zumbido intestinal del refrigerador y mi propia respiración entrecortada, que sonaba demasiado fuerte en aquel vacío estéril.

A las 7:15 de la mañana no aguanté más. Necesitaba un agotamiento físico que callara mi imaginación, que ya empezaba a dibujar rostros en los pliegues de las cortinas.

Me puse una vieja sudadera roja. La tela estaba gastada, suave, con olor a suavizante de lavanda: un aroma doméstico y acogedor que ahora parecía una burla. Rojo. Elegí ese color inconscientemente. O quizás, mi bestia interior simplemente quería ser un blanco, para que el cazador finalmente se revelara. Para que esa incertidumbre cobrara, por fin, carne y sangre.

El malecón del río Charles me recibió con un frío que atravesó la ropa al instante, clavándose en mi piel como miles de agujas finas. Empecé a correr.

Ritmo. Lo principal era atrapar el ritmo. Las suelas de mis tenis golpeaban el asfalto: uno-dos, uno-dos. Inspirar por la nariz, espirar entre los dientes apretados. Los músculos de mis muslos empezaron

a arder a los diez minutos, y ese dolor fue una bendición. Era real, tangible, a diferencia de esas miradas fantasmales que sentía en mi nuca durante los últimos tres días.

El mundo se redujo a un parche de dos metros de acera gris frente a mis ojos. No miraba a los lados. Tenía miedo de verlo: al hombre que «siempre observa». Pero cada vez que otro atleta pasaba corriendo, envolviéndome en el olor de la tela húmeda y el esfuerzo, o que un transeúnte casual mantenía su mirada en mí un segundo más de lo debido, mi pulso se descarrilaba. La vena de mi cuello latía con tal fuerza que parecía que la piel iba a estallar bajo la presión de la sangre.

Corrí cinco millas. El sudor resbalaba por mi espalda, me acariciaba las costillas, se acumulaba en el surco entre mis pechos. La sudadera se volvió pesada, mojada, absorbiendo mi cansancio y mi miedo. Cuando finalmente me detuve frente a mi casa, los pulmones me ardían como si hubiera tragado plomo líquido. Me apoyé con las manos en las rodillas, intentando nivelar la respiración. Puntos negros bailaban ante mis ojos, formando patrones caóticos.

Subí a mi piso. El elevador olía a humedad y al perfume barato y fuerte de alguien. Cuando las puertas se abrieron con un chirrido metálico, salí al pasillo, sintiendo cómo el aire frío del apartamento ya me reclamaba.

Estaba allí. Justo sobre las fibras ásperas del tapete con la palabra «Welcome».

Un sobre blanco. Otra vez. Sin una sola mancha de suciedad, a pesar de la niebla y el lodo de la calle. Lo habían puesto allí hacía segundos. Quizás justo en el momento en que yo entraba al vestíbulo y saludaba al conserje.

Me quedé helada. Se me secó la garganta al instante; la lengua se volvió pesada y rugosa como cuero viejo. No entré al apartamento. Mis dedos, aún húmedos de sudor y temblorosos por el sobreesfuerzo físico, buscaron el papel. *Vergé*. Demasiado caro, demasiado suave para ese pasillo gris de concreto.

Lo abrí allí mismo. El sonido del sobre rasgándose en el silencio del pasillo vacío resultó atronador, como un disparo en un espacio cerrado.

«El rojo te sienta bien. Hoy estuviste impecable».

El texto estaba escrito con la misma caligrafía. Letras gruesas, jugosas; la tinta aún brillaba ligeramente, sin haber terminado de absorberse en las fibras.

Me dio un vuelco el corazón. Esto no era el simple interés de un fan. Era una presencia. Vio mi carrera. Vio cómo jadeaba buscando aire cuando las fuerzas se acababan. Vio cómo elegí esa maldita sudadera roja en el armario, frente al espejo en la penumbra de mi habitación. Estuvo de pie a mi espalda mientras yo estiraba los tobillos. Estuvo en mi espacio personal, devoró mi distancia de seguridad y ni siquiera se atragantó.

En el bajo vientre estalló un espasmo agudo, punzante. Pero no era miedo. Era algo más sucio, algo primitivo. La piel bajo la tela mojada empezó a picarme, como si su mirada aún se deslizara por mis hombros, dejando quemaduras invisibles.

—¡Claire! ¡Dios, pareces un cadáver que olvidaron enterrar!

Salté con tanta fuerza que por poco me estampo contra la pared. La carta desapareció instantáneamente en el bolsillo canguro de la sudadera. Mis dedos apretaron el papel con frenesí, arrugando los bordes.

Sophie.

Estaba junto al elevador: brillante, ruidosa, insoportable. Su gabardina amarilla lastimaba la vista, rompiendo la armonía gris de la mañana, y en las manos sostenía dos vasos enormes de Starbucks y una bolsa que apestaba a una agresiva canela y azúcar quemada.

—Sophie... ¿Qué haces aquí? —mi voz sonaba como si hubiera tragado vidrios rotos.

—¡Salvándote de tu crisis creativa y de ti misma! —caminó hacia mí, golpeando el suelo con sus tacones. El sonido me taladraba el cerebro—. Decidí que una autora de talla mundial necesita carbohidratos y una dosis de choque de cafeína. ¿Por qué estás tan pálida? ¿Acaso respiras, o tus pulmones también decidieron irse de vacaciones?

No esperaba respuesta. Sophie era de esas personas que llenan cualquier vacío, sin dejar espacio para las sombras o la reflexión. Me puso un vaso en la mano. Estaba ardiendo. El dolor de la tapa de plástico clavándose en mi palma me hizo reaccionar un poco, sacándome del letargo.

—Solo... estaba corriendo. Demasiado rápido. Sobrestimé mis fuerzas.

—Se nota —Sophie entrecerró los ojos, estudiando mi rostro con una atención aterradora—. Oye, ¿no anda por aquí abajo algún fan extraño? ¿O será un nuevo método para recolectar material?

Mi corazón se saltó un latido y luego empezó a latir aún más rápido.

—¿De qué hablas? ¿A quién viste?

—Mientras me estacionaba, había un tipo merodeando en la entrada. Alto, con un abrigo oscuro... ya sabes, de esos que cuestan una fortuna, pero que son cómodos para esconder cuerpos o sustancias prohibidas. Estaba justo al lado de la columna, mirando hacia tus ventanas como si intentara perforar el vidrio. Pensé que tal vez era un ex o un agente decidido a rendirte por cansancio, pero su cara... Hm. Sombría como un cementerio gótico a medianoche.

Sentí cómo una gota de sudor frío rodaba lenta, tortuosamente, por mi columna.

—Sophie, esto es importante. ¿Cómo era exactamente? Cada palabra, Soph.

—Ya te dije: alto. ¡Los hombros así de anchos! —extendió los brazos, casi tirando su latte—. Escondía la cara en el cuello del abrigo, pero

alcancé a ver su mandíbula. Ya sabes, de esas duras, cuadradas, como esculpida en granito. Y la mirada. Me miró cuando pasé a su lado y por un segundo me sentí como una intrusa en propiedad privada. *Brrr*. Pero está malditamente guapo, Claire. Muy de tu tipo: peligroso, callado y claramente con un par de docenas de esqueletos en el clóset.

Abrió mi puerta con su llave —alguna vez le di un duplicado para emergencias, y ahora eso parecía un error catastrófico— y literalmente me arrastró adentro.

En el apartamento olía a soledad, a polvo y al té de ayer. Pero ahora se mezclaba con el aroma sofocante de los *croissants* de vainilla de Sophie. Y justo en el límite de mi percepción, me pareció captar algo más. Un olor casi fantasmal a tabaco y lana mojada.

¿O era solo mi imaginación, espoleada por las palabras de Sophie, dibujando los espacios vacíos de la realidad?

Sophie se movía en la cocina, haciendo ruido con las tazas y diciendo que debía salir más a menudo y que, tal vez, debería cambiar la cerradura si estaba tan nerviosa. Y yo seguía de pie en el recibidor, todavía con la sudadera mojada y pegajosa. En mi bolsillo, el papel me quemaba la piel a través de la tela.

«El rojo te sienta bien».

No solo observaba. Evaluaba. Saboreaba mi miedo, mi debilidad física, del mismo modo en que yo saboreaba el sufrimiento de mis personajes en el papel. Lo imaginé allí abajo. El abrigo oscuro, la mandíbula de granito, la mirada que atraviesa cualquier armadura. Esperaba mi regreso. Quería ver mi reacción ante el sobre. Quería saber que yo lo sabía.

Caminé hacia la ventana de la estancia, intentando no hacer ruido. Sophie gritaba algo desde la cocina sobre el azúcar y el daño de la cafeína con el estómago vacío, pero yo no la escuchaba. La voz de mi amiga se volvió solo un ruido de fondo, una interferencia. Miré

hacia abajo, a la calle. Autos, gente hormiga, asfalto gris envuelto en niebla. Ni rastro del hombre del abrigo. La calle estaba vacía.

Pero lo sabía: él estaba allí. Se había disuelto en ese silencio. Se había vuelto parte de esa niebla.

Por primera vez en mi vida, no sentí ganas de esconderme ni de echar diez cerrojos a la puerta, sino de salir corriendo de nuevo. Encontrarlo. Enfrentarlo cara a cara, tocar esa mandíbula de granito y preguntarle: «¿Y bien? ¿Qué sigue? ¿Cuál es el próximo capítulo de nuestra historia compartida?».

Porque Claire Eldridge ya no escribía un libro. Vivía dentro de él. Ella era la tinta, y su Observador acababa de convertirse en su principal coautor. Y lo sabía: él no me dejaría ir hasta que llegáramos a la última página.

Capítulo 3. El lente

La noche en Boston no trae silencio. Solo cambia de tonalidad. La ciudad afuera no se ha dormido; simplemente acecha, cambiando el rugido diurno por un siseo visceral de vapor saliendo de las alcantarillas y un chirrido de neumáticos lejano, como un eco en una cripta.

Me senté en la oscuridad de la estancia, envuelta en una manta que había dejado de calentar hacía dos horas. El apartamento, que siempre consideré mi fortaleza, se había transformado en un territorio ajeno y hostil. Cada sonido tenía ahora un doble fondo. El refrigerador no solo zumbaba; era un gruñido bajo, intestinal, como si algo vivo se estuviera digiriendo en su interior. El crujido del parqué en el pasillo vacío no era por el cambio de temperatura. Era un paso acompasado. Una masa presionando lentamente la madera antigua contra la base de concreto.

Abrí la computadora. La pantalla me quemó los ojos con una luz artificial y blanqueada que me provocó un dolor punzante en las sienes al instante. El cursor pulsaba en el vacío del documento, como el pulso de un moribundo en un monitor de cuidados intensivos. Antes, el trabajo era mi búnker. Podía hacer sufrir a mis personajes, podía destruirlos o salvarlos, y eso alimentaba mi ilusión de poder. Pero ahora las reglas habían cambiado.

Mi Observador me había arrebatado la pluma.

Intenté escribir: «Ella sabía que había alguien detrás de la puerta…», e inmediatamente golpeé la tecla *Delete*. Demasiado plano. Estéril. La verdad era mucho más sucia. La realidad olía a agua estancada que olvidé tirar del florero con lirios marchitos, y a una sequedad calcárea y asfixiante en mi propia garganta. Sentía la

piel bajo la camisa hiper sensible, casi dolorosa. Cada roce de la tela se sentía como el deslizamiento de una lengua fría y ajena.

Cerré la computadora de golpe. En el silencio que siguió, escuché a una polilla golpeando el vidrio desde afuera. Un golpe sordo y rítmico. *Toc. Toc. Toc.* Como si un dedo tamborileara metódicamente contra el cristal a la altura de un piso veinticuatro. Sabía que era físicamente imposible. Pero mi cerebro, envenenado por el insomnio, ya lo dibujaba a él: alto, con el abrigo oscuro, flotando afuera sostenido por los hilos invisibles de mi propia locura. Veía su reflejo en el espejo negro de la televisión apagada: la mandíbula de granito, el cuello subido tan alto que no se le veía la boca.

Con manos temblorosas, busqué el teléfono. Necesitaba una voz. Alguien que aún creyera en las leyes de la física y el sentido común. Le escribí a Gray.

Rompimos hace un año, pero entre nosotros quedó un apego extraño y traslúcido, parecido a una vieja cicatriz que duele cuando va a llover. Gray era simple. Comprensible. Olía a pino y a la lana sin lavar de un suéter viejo. La respuesta llegó a los treinta segundos.

«Son las 3 de la mañana, Claire. ¿Otra vez estancada en una escena de asesinato?».

Lo llamé. Su voz era somnolienta, espesa como la melaza, y eso me devolvió a la tierra por un momento.

—Gray —balbuceé, con un nudo de saliva amarga en la garganta—. Envió una segunda carta.

El silencio al otro lado se volvió afilado como una cuchilla. Escuché cómo se sentaba en la cama, agitando las sábanas. Ese sonido era tan normal, tan cotidiano, que me dieron ganas de llorar.

—¿Quién «él»? ¿Ese idiota fan de Vermont? ¿El que envió el mechón de pelo?

—Me vio hoy. Mientras corría. Sabe lo de la sudadera roja, Gray. Estuvo justo en mi puerta. Sophie lo vio en la calle. Alto, abrigo

oscuro… No es un simple fan. Es un depredador. Lo siento en la piel. Es como si el aire a mi alrededor se volviera más denso cuando él está cerca. ¿Entiendes?

—Escúchame —la voz de Gray se volvió dura, profesional. Sin rastro de compasión, solo un algoritmo de acción—. Cierra la puerta. Con todos los cerrojos. Ahora mismo. Iré por la mañana. Tengo dos cámaras Ring en el garaje, las pondré sobre tu puerta y en el pasillo. Pasaremos la señal directo a tu teléfono. Verás cada movimiento en un radio de diez yardas. Sabrás incluso si un ratón se tira un pedo. ¿Entendido?

—Entendido —exhalé, sintiendo cómo los músculos de mi espalda empezaban a relajarse un poco.

—Y Claire… aléjate de las ventanas. Métete en la cama. Me quedo en la línea hasta que te duermas.

Colgué diez minutos después. El silencio recuperó la habitación, pero ahora estaba impregnado de una promesa de protección. Me levanté; mis piernas se sentían como masa cruda y mal mezclada. Fui a la puerta de entrada y revisé las cerraduras. Una. Dos. La tercera, un pesado cerrojo de acero que nunca antes había cerrado.

Clic.

El sonido del metal mordiendo el metal debería haberme calmado. Pero mientras caminaba hacia el dormitorio, me golpeó una certeza, aguda y fría como una aguja bajo la costilla: los cerrojos protegen de los que quieren entrar. Y él… él ya estaba dentro. Se había filtrado a través de mis textos, a través de mis sueños. Se había anidado en mi cráneo, y para esa cerradura no tenía llave.

Me metí bajo las mantas vestida, con la misma sudadera roja sudada. Las sábanas se sentían como escamas; irritaban mi piel inflamada. Cerré los ojos e inmediatamente brilló ante mí su caligrafía. Perfecta. Caligráfica. Cada trazo de la letra «r» parecía la hoja de un bisturí.

Sentía mi cuerpo bajo el edredón tensado al límite. Cada ligamento estirado como una cuerda. Mis sentidos estaban al máximo. Escuchaba el burbujeo del agua estancada en las tuberías. El zumbido del elevador al fondo del pasillo, regresando al primer piso. Mi propio corazón: un golpe pesado y roto, como si alguien golpeara el colchón con el puño justo debajo de mi oreja.

En algún momento, el aire de la habitación pareció cambiar. Se volvió pesado, se asentó en mis pulmones. Llegó un olor: tabaco rancio, ceniza fría y el almizcle denso y dulzón de un sótano que no ha visto el sol en décadas. Ese olor no pertenecía a mi apartamento.

Contuve el aliento. Mi corazón se detuvo, saltándose un latido, y luego se lanzó a un galope frenético. No abrí los ojos. Me aterraba pensar que, si lo hacía, lo vería a él. Una silueta oscura e inmóvil en el sillón junto a la ventana. Su mandíbula de granito y esa mirada que no necesita luz para diseccionar mi alma. Para ver mi miedo, mi extraña y vergonzosa excitación, mi fragilidad.

Me quedé inmóvil, sin atreverme siquiera a mover un dedo, hasta que las primeras manchas grises del amanecer de Boston se filtraron por las persianas, cortando la habitación en tiras. Gray llegaría en unas horas. Instalaría sus ojos de vidrio. Levantaría un muro de seguridad hecho de plástico y microchips.

Pero la Claire escritora que habitaba en mí ya sabía la verdad. El foco estaba bloqueado. El lente, limpio. Y yo era el único objeto en el encuadre. Él no se iría. Porque un Observador nunca abandona a su musa hasta que escribe el último capítulo de su vida. Hasta la última gota de tinta. Hasta el último suspiro.

Capítulo 4. Coautor

El despertar no fue amable. Fue brusco, como una descarga de alto voltaje en un nervio expuesto. Abrí los ojos y el primer pensamiento que me atravesó el cerebro fue el aire. Había cambiado. Ya no tenía esa vacuidad estéril y polvorienta de mi habitación. En su lugar, flotaba un aroma casi imperceptible, fantasmal: tabaco amargo, metal frío y algo animal, que recordaba a la lana mojada tras un aguacero en Boston.

Me quedé inmóvil, temiendo respirar. Cada micro-movimiento parecía una traición de mi propio cuerpo. El corazón me golpeaba las costillas como un pájaro atrapado intentando romper su propia caja torácica. *Toc-toc. Toc-toc.* Un pulso errático, sin ritmo. Giré la cabeza hacia la mesa de noche —despacio, milímetro a milímetro—, hacia donde estaba mi teléfono.

Allí estaba.

Un sobre blanco. Un rectángulo de una simetría perfecta descansando sobre la madera oscura. Estaba a apenas unas pulgadas de mi cabeza. Mientras yo dormía, mientras mis párpados estaban sellados y mi mente vagaba por laberintos de sueños, él estuvo aquí de pie. Miró cómo respiraba. Escuchó mi pulso. Quizás incluso tocó un mechón de mi cabello sobre la almohada.

Las yemas de mis dedos se entumecieron cuando alcancé el papel. El sobre no estaba sellado. Sacudí el contenido sobre la sábana. La misma caligrafía. La misma tinta negra como el alquitrán.

«¿Cómo dormiste, Claire? Te ves tan frágil cuando sueñas. Por cierto, en tu nuevo borrador, el cuarto capítulo termina con demasiada debilidad. He decidido reescribir el final por ti. La muerte debe ser más... tangible. ¿No te parece?».

Un frío glacial me caló hasta los huesos. No era solo un acosador. No solo había forzado las cerraduras. Había hackeado mi computadora. Había leído mi manuscrito inédito, aquel que ni siquiera mi agente conocía. Mis fantasías más oscuras, descripciones de dolor y pasión que mantenía bajo contraseña, estaban ahora en sus manos.

Me incorporé bruscamente en la cama, jadeando por aire. Mis piernas se sentían como trapos, ajenas. Corrí hacia el escritorio. La computadora estaba cerrada. Pero cuando toqué la tapa, estaba apenas tibia. Él se había sentado aquí. En mi silla. En mi silencio. Había hurgado en mis palabras como un cirujano que manipula órganos sobre una mesa de operaciones.

Arrebaté el teléfono. Las manos me temblaban tanto que la pantalla se desdibujaba. Marqué a Gray.

—Gray… —casi siseé al auricular—. Estuvo aquí. Adentro. Leyó el archivo. Lo sabe todo.

—¡¿Qué?! —la voz de Gray perdió al instante cualquier rastro de sueño—. Claire, respira. Estaré ahí en cinco minutos. Enciérrate en el baño. No salgas hasta que oigas mi voz.

No me encerré. En lugar de eso, hice algo que él probablemente no esperaba. Agarré mi labial rojo y caminé hacia el espejo del recibidor. Mis movimientos eran espasmódicos, el ritmo de mi respiración se rompió definitivamente. Sobre la superficie lisa del cristal, tracé solo dos palabras: «SIGUE ESCRIBIENDO».

Cuando Gray irrumpió, me encontró en la estancia. No estaba llorando. Estaba sentada en el suelo, apretando el sobre contra mi rostro e inhalando con avidez ese maldito olor a tabaco. La bestia que durante años alimenté solo con letras había despertado dentro de mí.

Gray entró al apartamento: enorme, oliendo a cuero, gasolina y furia. Se quedó gélido al ver el mensaje en el espejo y luego desvió la mirada hacia mí.

—¿Te has vuelto loca? —me arrebató la carta de las manos—. ¿Lo estás provocando? ¡Claire, entró en tu habitación! ¡Cruzó todos los límites! Las cerraduras están intactas; es un profesional, ¿lo entiendes?

—No solo entró, Gray —lo miré desde el suelo y el viejo terror se había esfumado. Solo quedaba un brillo febril en mis ojos—. Es mi mejor coautor. Él entiende aquello que yo temo confesarme incluso a mí misma.

Gray apretó mis hombros con tanta fuerza que sus dedos casi se hundieron en mis músculos. Su furia protectora era tangible, caliente.

—Empaca tus cosas. Ahora mismo. No te quedarás aquí ni un segundo más. No entiendes en qué te estás metiendo. Esto no es la trama de una novela, es tu vida, y él la está cortando en pedazos ahora mismo.

Lo miré a él: su mandíbula rígida, su fiabilidad. Gray era la realidad. Era la seguridad. Pero aquel otro, el del abrigo oscuro, era mi inspiración. Mi pesadilla personal cobrando carne.

—Está bien, Gray. Me iré. Pero debes entenderlo: no importa dónde me escondas, él ya escribió el siguiente capítulo. Ya estamos dentro de su historia.

Me puse en pie, sintiendo una vibración interna. Nos íbamos, pero yo sabía algo: las cámaras de Gray solo grabarían el vacío. Mi Observador ya había pasado de página.

Capítulo 5. Esterilidad

Gray llenó cada pulgada de mi apartamento. Su presencia era ruidosa, autoritaria, casi violenta en su rectitud absoluta. Mientras yo estaba de pie en medio de la estancia, observando el ritmo roto de mis propios pensamientos, él ya estaba en movimiento. Su voz, baja y áspera, retumbaba en las habitaciones como golpes de martillo sobre un yunque.

—Sí, cambien todos los cilindros. Ahora mismo. Tarifa doble, no me importa. Boston, Back Bay —ladró, arrojando el teléfono a un lado solo para marcar otro número de inmediato—. ¿Mark? Soy Gray. Necesito un informe del incidente. Averigua si hubo intrusiones «limpias» similares en este sector en los últimos seis meses. No, no oficialmente. Aún no. Sí, sigo en la línea.

Lo observaba sintiendo cómo un entumecimiento pegajoso trepaba por mi columna. Gray revisaba las cámaras del pasillo en su tableta, sus dedos volaban por la pantalla rastreando el «punto ciego» por el que se filtró mi Observador. Pero yo lo sabía: no encontraría nada. Quien deja cartas en la mesa de noche no se deja atrapar por el lente de una cámara barata. Él era una grieta en la realidad misma, no solo un hombre con un abrigo oscuro.

—Claire —Gray se giró hacia mí; su mirada era dura, despojada de cualquier compasión que yo pudiera esperar—. Deja de mirar al vacío. Ve al cuarto. Prepara una maleta. Lo esencial para unos días. Computadora, documentos, ropa. No te quedarás aquí ni una noche. Esto ya no es tu casa. Es la escena de un crimen donde aún no han hallado el cuerpo.

Obedecí. Mis piernas se sentían ajenas, como si avanzara a través de arena profunda y mojada. En el dormitorio, el aire aún conservaba

ese matiz: tabaco amargo y acero frío. Mis manos se movían mecánicamente. Arrojaba a la maleta suéteres, jeans y cargadores. Pero al acercarme a la mesa de noche, me detuve.

Las cartas.

Gray había ordenado dejarlas para su amigo en la policía. Pero la idea de que esas páginas se quedaran aquí solas, en este apartamento vacío y profanado, era insoportable. Era como si dejara un trozo de mi propia carne a merced de los carroñeros. Las agarré todas —los tres sobres blancos— y las hundí entre la ropa, al fondo de la maleta. No quería dejarlo «a él» en soledad. Quería llevarme esa obsesión conmigo, como un amuleto tóxico.

Quince minutos después, bajábamos hacia su auto. Gray iba delante, escaneando cada esquina, cada sombra en el callejón. Su mano permanecía inmóvil en el cinturón, bajo la chaqueta. Sabía qué había allí. El peso del metal que debería dar seguridad, pero que solo me provocaba náuseas.

Conducíamos a través de un Boston nocturno. Las luces de la ciudad se difuminaban en franjas largas y sangrantes sobre el asfalto mojado.

—¿Por qué yo, Gray? —pregunté, mirando mi reflejo en el cristal lateral, que parecía el rostro de una desconocida—. Hay miles de mujeres en esta ciudad. Miles de escritoras. ¿Por qué eligió mi guion?

Gray apretó el volante con más fuerza. Sus nudillos se blanquearon. —Los psicópatas no eligen por lógica, Claire. Eligen por el olfato.

—No —sacudí la cabeza, sintiendo cómo una sospecha se agitaba en mi interior—. Es por los libros. Mis novelas... tratan sobre la obsesión. Sobre personas con la mente del revés. Sobre un sentido retorcido del amor que se parece más a una autopsia. Él las leyó. Sintió que yo lo entendía. Que soy la única en todo este mundo estéril que sabe lo que es querer poseer a alguien hasta la destrucción total. No es solo un acosador, Gray. Es mi lector ideal,

que decidió que era tiempo de ser correspondido. Quiere que lo entienda a él del mismo modo que yo entiendo a mis monstruos.

Gray frenó bruscamente en un semáforo rojo. —Claire, esa es una mierda peligrosa. No te atrevas a romantizarlo. Es una amenaza. Entró en tu habitación.

Cuando llegamos a su casa, Gray me llevó por el estacionamiento subterráneo directo al elevador. Su apartamento era el colmo del minimalismo: concreto, vidrio, acero. No había nada donde la vista pudiera engancharse. Aquí no había sombras. Demasiado limpio. Demasiado iluminado. Estéril hasta que te zumbaban los oídos.

—Dormirás en el cuarto de huéspedes —dijo, cerrando la puerta con el cerrojo electrónico—. Mañana lo resolveremos todo. Revisaré los archivos, Mark me dará el informe de hackeos. No irás a ninguna parte sola. Ni un paso, ¿me oyes? Te encerraré tan bien que hasta el aire necesitará mi permiso para pasar.

Asentí, mirando por el ventanal panorámico hacia la ciudad. Gray prometía protección, pero yo sentía cómo la soga se tensaba. Ya no solo me miraban. Me cazaban. Y lo más aterrador no era que el depredador estuviera afuera.

Lo más aterrador era que había empezado a esperar su próxima «corrección» en mi manuscrito. Me acerqué a la maleta, palpé a través de la tela las esquinas afiladas de los sobres y sentí una corriente eléctrica recorriéndome la piel. En este mausoleo de concreto de Gray, me hacía falta el olor a tabaco. Y eso me asustaba más que cualquier puerta abierta.

Capítulo 6. Coautoría del dolor

El apartamento de Gray me recibió con un olor que había intentado extirpar de mi memoria, sin éxito, durante dos largos años. Era el olor del control: cuero curtido, café negro estancado y el rastro casi imperceptible de una colonia cítrica, fría como una hoja de afeitar olvidada a la intemperie. Casi nada había cambiado. Las mismas cortinas pesadas que no dejaban pasar ni un solo rayo del sol de Boston; los mismos muebles ascéticos de ángulos rectos que no ofrecían rincón alguno para esconderse. Pero, justo ahora, esa predictibilidad asfixiante era lo único que mantenía mi columna en posición vertical.

Gray se movía con la metodología de un soldado en una operación de limpieza. Me arrebató la maleta en el momento en que nuestros dedos se rozaron —su piel estaba abrasadora en comparación con mis manos de hielo— y la lanzó sobre el sofá de cuero.

—Primero la comida. Hablaremos después —murmuró, desapareciendo en la cocina.

Escuchaba cada sonido: el tintineo metálico de los utensilios, el ruido del agua, el golpe seco y rítmico del cuchillo contra la tabla de madera. Él me cuidaba de la única forma que conocía: a través de la física, las calorías y una practicidad bruta. En su mundo, todo tenía solución si se aplicaba la fuerza suficiente.

—Come —puso un plato frente a mí. Huevos estrellados. Los bordes de las claras estaban crujientes, marrones y encajonados. Ante el olor de la comida, mi estómago se contrajo como un puño apretado y doloroso.

Observé a Gray. Estaba sentado frente a mí, llenando todo el espacio de la pequeña cocina. Sus hombros parecían demasiado anchos para

aquel interior estéril. Hacía preguntas, cortándolas como leña en un patio trasero.

—Recuerda a todos, Claire. A cada uno. Repartidores de Amazon, cerrajeros, invitados de los vecinos que se equivocaron de puerta. ¿Alguien entró al apartamento en los últimos seis meses? ¿Alguien te vio forcejear con la cerradura o dónde guardas la llave de repuesto?

—Nadie, Gray. Solo Sophie entró a regar las plantas cuando fui a la conferencia. Pero ella… ella no pudo ser.

—Entonces te ha estado estudiando mucho tiempo —Gray me acercó un vaso con agua y noté cómo se le tensaba una vena en el antebrazo—. Conoce tus ritmos. Sabe cuándo caes en el sueño profundo y cuándo entras a la ducha abriendo el agua a toda potencia. Ya había estado allí antes, Claire. La carta en la mesa de noche no fue su primera visita. Es el final de la primera parte de su plan. Estaba haciendo suyo tu espacio mientras tú estabas ocupada escribiendo tus cuentos de maníacos.

Aparté el plato. La náusea me subió a la garganta, pero con ella llegó algo más. Saqué los sobres de la maleta, ignorando el gesto de protesta, casi colérico, de Gray.

Otra vez esa caligrafía. Perfecta. Caligráfica.

Cerré los ojos y la realidad del apartamento de Gray empezó a desvanecerse. Lo imaginé a Él. Alto. Silencioso. Una sombra entre las sombras. Estaba en mi habitación. El aire allí estaba impregnado de mi respiración, del olor de mi loción corporal de lavanda, del calor de mi piel calentada bajo el edredón. Él vio cómo me agitaba en sueños. Vio cómo el tirante fino del camisón se deslizaba por mi hombro, exponiendo la clavícula. Estuvo allí, en mi espacio más prohibido e íntimo, y no se llevó nada material. No necesitaba mis joyas ni mi dinero. Me necesitaba a mí. Entera.

Un calor vergonzoso, no deseado y brusco estalló en mi bajo vientre. Era una locura. Psicopatía pura. Pero el monstruo sobre el que había escrito durante años, inventando los detalles de su manía,

finalmente había cobrado carne. Había salido de mis borradores, oliendo a tabaco y metal, y ahora me respiraba en la nuca.

—La policía no hará nada —mi voz era baja, pero ahora tenía acero —. No hay pruebas. No hay rastros de intrusión. Me llamarán loca con una imaginación sobrecalentada que busca publicidad para su nuevo libro.

—Yo lo encontraré, Claire —Gray cubrió mi mano con la suya. Su mano era pesada, fiable, con olor a hogar y seguridad. Pero para mí, en este momento, se sentía demasiado… ordinaria. Demasiado humana.

Lo miré a los ojos y comprendí una verdad aterradora. Gray no podrá atraparlo. Porque Gray busca a un criminal, a un infractor de la ley, y yo busco un reflejo. Busco a quien ve a la verdadera Claire; la que se esconde tras las letras y los asesinatos ficticios.

Tenía que descubrir por mí misma quién era él. Mirar fijamente a ese abismo hasta que el abismo parpadeara. Sentada en la seguridad de la cocina de mi exnovio, de repente comprendí que ya no estaba segura de si quería que esto terminara. Quería arrancarle la máscara. Quería ver: ¿se parece al demonio que creé en mi cabeza? ¿O es algo mucho más hermoso y terrible?

La caza había comenzado. Y en el búnker de vidrio de Gray, por primera vez sentí que no era solo la presa. Soy la coautora. Y el final de este libro lo escribiremos juntos.

Me toqué los labios, sintiendo aún el sabor del café demasiado dulce de Sophie, y pensé que el Observador tenía razón. El azúcar realmente arruina el sabor.

Capítulo 7. Territorio ajeno

La cama de Gray era enorme. Demasiado rígida. Demasiado… a su estilo. Las sábanas de algodón egipcio olían a suavizante, pero bajo esa capa química aún podía sentir su verdadero aroma: un almizcle pesado, animal, de un hombre acostumbrado a dominar el espacio.

Estaba acostada, mirando al techo. El sueño no venía. Cada vez que cerraba los ojos, no veía el vacío, sino a Él. Imaginaba al Observador de pie en mi habitación. Sentía su mirada sobre mi piel de forma casi física, como el deslizamiento de un metal frío sobre mis pezones, que se endurecieron no por el frío, sino por una excitación aterradora y perversa. El miedo era afilado como una navaja, pero esa navaja tenía otra cara: la que me obligaba a apretar los muslos, sintiendo una humedad pegajosa. La obsesión sobre la que escribí durante años ahora corría por mis venas, mezclándose con la adrenalina en un cóctel tóxico.

La puerta de la habitación crujió suavemente. Mi corazón saltó hasta la garganta.

Gray estaba en el umbral. Solo llevaba unos pantalones holgados, caídos sobre la cadera. La luz del pasillo perfilaba su torso potente, el camino de vello que se perdía bajo la cintura y la línea rígida de su mandíbula. Él no era una sombra. Era carne y sangre.

—No estás durmiendo —su voz, densa y ronca, vibró en mi vientre.

—Tú tampoco —me incorporé un poco. La seda del camisón se deslizó, dejando mi pecho al descubierto. No intenté cubrirme.

Gray entró; el colchón gimió bajo su peso. Olía a bourbon y a una furia antigua. Se sentó tan cerca que sentí el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿En qué piensas, Claire? —se inclinó hacia adelante; sus ojos en la oscuridad parecían agujeros negros—. ¿En él? ¿En cómo estuvo de pie donde yo estoy sentado ahora? ¿En cómo te miraba mientras estabas indefensa?

Guardé silencio, pero una exhalación entrecortada me delató. Gray soltó una risa corta, amarga, casi malévola.

—Siempre te atrajo la suciedad, ¿verdad? Escribir sobre desviados no era suficiente, necesitabas que uno de ellos entrara en tu habitación. No solo tienes miedo. Estás fascinada por esta inmundicia.

—Cállate —susurré, pero él no escuchaba.

—Yo fui el primero en tu vida, Claire. Conozco cada curva de tu cuerpo, cada fantasía oscura que intentas volcar en el papel. Él es un fantasma, pero yo estoy aquí.

Me sujetó las muñecas con brusquedad. Su agarre era rudo, posesivo. Me tiró hacia él, estampando mis manos contra la almohada, por encima de mi cabeza. Su cuerpo cubrió el mío: pesado, caliente, con olor a sudor y alcohol.

—Él quiere destruirte; yo quiero recuperarte. Siente la diferencia.

Me besó. No fue con ternura. Fue un ataque. Un beso brusco, dominante, donde el sabor del bourbon se mezclaba con el regusto de la sangre; me mordió el labio inferior, exigiendo sumisión. Su mano se deslizó hacia abajo, arrugando con tosquedad la seda del camisón, y cubrió mi pecho. El dolor de su agarre fue casi purificador.

Gray me arrancó la seda de un solo movimiento brusco; sus dedos se clavaron en mis muslos, dejando marcas blancas que mañana serían moretones. No pidió permiso. Su rodilla separó mis piernas y sentí su dureza a través de la fina tela de sus pantalones.

—Mírame, Claire —gruñó contra mis labios—. No cierres los ojos. No te atrevas a imaginarlo a él en mi lugar.

Entró en mí de golpe, sin preámbulos, obligándome a arquearme y soltar un grito. Fue una sensación de plenitud y dolor que desplazó todo lo demás. Cada embestida era una declaración de propiedad. El golpe de su corazón contra mi pecho, el sonido de la carne chocando —ese ritmo húmedo y pesado llenó la habitación—.

Clavé mis uñas en su espalda, sintiendo los músculos tensos bajo mis dedos. Mi respiración se rompió en gemidos roncos. Gray no se detenía; sus movimientos se volvían cada vez más violentos, casi coléricos. Se incrustaba en mí como si intentara expulsar la imagen del otro hombre de mi cabeza. El olor a sudor, sexo y bourbon se volvió insoportablemente denso.

Cuando llegó el orgasmo, fue como una explosión. Mi cuerpo se sacudió en convulsiones, los dedos de mis pies se encogieron y mi vista se nubló. Gray rugió mientras se derramaba dentro de mí; su cuerpo se tensó por un instante, aplastándome contra el colchón.

En el silencio que siguió, interrumpido solo por nuestra respiración pesada, la imagen del Observador finalmente se desvaneció. Por primera vez en el día, no pensaba en las cartas. Gray había llenado todos mis vacíos. Su peso era real. Su olor era verdadero.

Pero en algún rincón de mi conciencia, cruzó un pensamiento aterrador: ¿y si el Observador sigue aquí? ¿Y si nos está mirando incluso ahora? Y ese pensamiento, en lugar de matar la excitación, hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

Capítulo 8. Reseña

La mañana llegó como un invitado no deseado: brusca, despiadada, como una hoja de afeitar sobre la piel quemada. El sol, que se filtraba por las rendijas de las pesadas cortinas de Gray, resultaba ofensivamente brillante. Cada rayo se clavaba en mi retina, intensificando el dolor sordo detrás de los ojos. El cuerpo me dolía. Los músculos del vientre, de los muslos, incluso del cuello; todo pulsaba. No era ese cansancio placentero tras una noche de amor; se parecía más a la rigidez después de una pelea extenuante en la que has sobrevivido de milagro.

Gray dormía a mi lado. Su respiración era acompasada y profunda. Estaba boca abajo, con un brazo tras la cabeza y el otro sobre mi cadera, atrayéndome hacia él. Su peso era tangible, su calor, invasivo. Intenté zafarme con cuidado, pero su agarre solo se intensificó. Incluso dormido era un poseedor. En su espalda, justo debajo del omóplato, veía claramente los largos surcos rojos: las marcas de mis uñas. Me parecieron el símbolo de nuestra noche: cruel, desesperada, al borde de la furia.

Lentamente, temiendo despertarlo, me deslicé fuera de las cobijas. El frío de los azulejos del baño me espabiló al instante. Me miré en el espejo. Ojos rojos, hinchados. Una marca de dientes en el labio inferior. Una raspadura en el cuello por su barba. Parecía recién salida de algún club de la pelea clandestino. O de su cama. Y no estaba del todo segura de qué era peor.

Tomé una ducha caliente, casi quemándome la piel. El agua no solo se llevaba el sudor y los restos del día anterior, sino también las ilusiones. La ilusión de seguridad. La ilusión de que Gray podía salvarme. Podía poseerme, pero no podía protegerme de lo que ya se había infiltrado en mi mente.

Al volver a la habitación, descubrí que Gray había despertado. Estaba sentado, apoyado en las almohadas, observándome. Había algo salvaje en su mirada, algo primitivo.

—¿Cómo dormiste, Claire? —su voz era baja, ronca, como la de un depredador saciado.

—Terrible —me puse una de sus camisetas, que me llegaba casi a las rodillas, y me acerqué a la computadora—. Tengo que revisar el correo.

Me senté al escritorio. Mis dedos quedaron suspendidos sobre el teclado. El miedo que creí haber ahogado en sexo volvió a levantar su horrible cabeza. ¿Y si había una carta nueva? ¿Una nueva amenaza?

Abrí la computadora. La pantalla cobró vida. El escritorio estaba tal como lo había dejado: el fondo de pantalla de Boston, los iconos de las carpetas, el borrador de *Focus Point*...

O no.

En medio de la pantalla, donde antes no había nada, brillaba un nuevo archivo de texto. Sin icono, sin la extensión habitual. Solo una hoja blanca con letras negras: «Capítulo 7. Reseña».

El corazón se me saltó un latido. El aire se atascó en mis pulmones. No podía respirar. «Reseña».

Sentí un frío glacial recorriéndome la columna. No era un hackeo del sistema. Era una declaración. No solo había entrado en mi apartamento. Había entrado en el apartamento de Gray. Estuvo sentado aquí mientras nosotros...

Me giré bruscamente. Gray estaba sentado en la cama, con la mirada clavada en mi rostro. Veía mi horror.

—¿Qué hay ahí? —su voz era tensa, ahogada.

Lentamente, como en un sueño, acerqué el cursor al archivo. Me temblaba la mano. Clic.

La pantalla estalló en texto. Letras negras, con la caligrafía familiar del Observador, quemándose sobre el fondo blanco.

«Capítulo 7. Reseña. Excelente elección de locación, Claire. El apartamento de tu ex es un escenario magnífico para una escena así. Bastante predecible, pero aprecio tu intento de escapar a los brazos de un "protector". Guion: Clásico. Heroína desesperada y macho agresivo intentando reafirmar su dominio. Actuaste bien, Claire. Tus gemidos fueron convincentes y tus uñas dejaron marcas profundas en su espalda, justo debajo del omóplato. Un remate efectista, ¿no estás de acuerdo? Sin embargo, yo habría añadido más... elegancia. Demasiada furia animal, demasiado poca descomposición psicológica. ¿Intentabas esconderte de mí dentro de su cuerpo, Claire? Qué ingenuo. Yo estaba allí. Vi cada una de tus respiraciones, cada movimiento de tus caderas. Escuché tu grito y sentí la humedad en las sábanas cuando alcanzaste el clímax. No era tu escena. Era mi escena. Y sospecho que no has captado del todo su profundidad. Espero el siguiente capítulo. Ojalá estés más inspirada. Tu Coautor».

Mis manos empezaron a temblar. La computadora golpeó el escritorio con un estruendo cuando retrocedí. Era imposible. Imposible. Nos vio. Nos escuchó. Estuvo aquí. Está en todas partes.

Gray saltó de la cama. Su rostro estaba pálido como la cal. Arrebató la computadora, sus ojos volaron por las líneas y luego la lanzó lejos, como si fuera una serpiente venenosa.

—¡¿Qué demonios?! —rugió, con una voz llena de furia pura, sin filtrar—. Estuvo aquí. Estuvo...

Lo miré, y en mi mirada no había miedo. Solo una claridad extraña y vacía. Gray intentaba protegerme. Gray era mi escudo. Pero su protección era una ilusión. Porque el enemigo no estaba afuera. El enemigo estaba dentro. En mi cabeza. En su cabeza. Él era nuestro coautor.

Me senté en el suelo, encogiendo las rodillas contra el pecho. Por primera vez me sentí verdaderamente desnuda. El Observador no

solo leía mis borradores. Los escribía conmigo. Y esta noche no había sido más que uno de sus capítulos.

Capítulo 9. El laberinto

El silencio en el apartamento de Gray se sentía distinto ahora. Antes era una barrera protectora; ahora, una placa de Petri donde se multiplicaba una infección. Estaba sentada frente a la computadora, sintiendo cómo la luz de la pantalla me quemaba las pupilas. El archivo titulado «Capítulo 8. Borrador de Claire. INCONCLUSO» vibraba ante mis ojos, aunque la imagen fuera estática. Era una confesión. Él estaba dentro del sistema. Estaba dentro de mí.

Escuché a Gray entrar en la habitación. Sus pasos eran pesados, los tacones golpeaban el parqué con un sonido sordo, óseo. Aún olía a sexo y al mismo bourbon, pero ahora se le mezclaba el olor del sudor frío: el olor de un hombre que pierde el control.

—Claire —su voz sonó como lija sobre metal—. Aléjate del escritorio.

No me sobresalté. Sentí cómo se me erizaba el vello de la nuca. Sonreí, y esa sonrisa era ajena, amarga como el ajenjo.

—¿Viste esto, Gray? —susurré sin girarme—. Llamó a mi texto «inconcluso». Me está dando correcciones. Quiere que vaya más profundo.

Gray se acercó hasta quedar pegado a mí. Su sombra me devoró, tragándose la luz del monitor. Me sujetó por los hombros y me giró hacia él con tal fuerza que casi salgo volando de la silla. Tenía el rostro encendido; las venas de su frente se hinchaban como serpientes bajo la piel.

—Basta. De esta. Mierda —gruñó—. Te comportas como si fuera un juego. ¿Entiendes que estuvo sentado en esta habitación? Mientras yo estaba en la ducha, o mientras nosotros… —su voz se quebró, su mandíbula tuvo un espasmo—. Hackeó mi rúter. Se está burlando de

nosotros. ¿Y tú te sientas aquí a escribirle respuestas en tu manuscrito? ¿Estás en tus cabales?

Lo miré. Miré su rostro hermoso y varonil. Su furia, que era tan… comprensible. Tan aburrida. Gray quería llamar a la policía, poner rejas y ponerme esposas por mi propia seguridad. Quería destruir al monstruo.

Pero yo quería ser su coautora.

—No lo entiendes —me zafé de su agarre. Mi voz era gélida, vacía de emoción—. Tú buscas a un criminal, Gray. Pero yo he encontrado a quien llena mis vacíos. Crees que me proteges, pero solo estás construyendo una jaula. Y él… él está construyendo un laberinto. Y me muero por saber qué hay en el centro.

Gray lanzó un golpe; su puño se estrelló contra la pared justo al lado de mi cabeza. El yeso se desmoronó sobre mi cabello. El impacto sordo me provocó una extraña satisfacción.

—Te saco de aquí —jadeó contra mi cara—. Ahora mismo. Al aeropuerto. Vuelo privado. Tengo una casa en Vermont de la que no sabe ni un alma. Sin teléfonos. Sin computadoras. Vamos a quemar todo esto.

—No puedes quemar lo que tengo en la cabeza, Gray.

Él agarró mi computadora y cerró la tapa con un estruendo ensordecedor. En sus ojos vi miedo. No al acosador. A mí. Veía cómo yo estaba cambiando, cómo me impregnaba del veneno del Observador, convirtiéndome en algo que él ya no podía poseer a base de sexo y dominio.

—Recoge tus cosas, Claire. No es una petición.

Me levanté, alisándome la camiseta. Sentía una ligereza asombrosa. Sabía que Vermont no serviría de nada. Sabía que el Observador ya estaba allí: en mis pensamientos, en el ritmo roto de mi corazón.

Al salir del apartamento, eché una última mirada al espejo del recibidor. Allí, sobre el cristal, aún se veía el rastro de mi labial, el

mismo que Gray intentó borrar pero que solo dejó franjas de un rojo sangriento y difuminado.

«Sigue escribiendo», decía el mensaje.

Y tenía toda la intención de escribir. Aunque la tinta fuera mi propia sangre sobre el suelo de Vermont.

Capítulo 10. Silencio

El camino a Vermont parecía una interminable sutura quirúrgica que cosía el cielo gris con el asfalto negro. Gray conducía como si intentara dejar atrás a la propia muerte. Sus manos se aferraban al volante con un agarre mortal; los nudillos blancos parecían dientes apretados. En la cabina olía a cuero, a ansiedad y al chicle de menta que Gray masticaba con saña, intentando reprimir la náusea de su propia impotencia.

Miré por la ventana. El paisaje perdía color. Los letreros brillantes de Boston fueron reemplazados por esqueletos oxidados de gasolineras, y luego por un bosque espeso y opresivo que, en el crepúsculo, parecía un ejército de muertos. La nieve empezó a caer de golpe, en copos pesados y húmedos que atascaban los limpiaparabrisas.

—Casi llegamos —murmuró Gray. Su voz era ronca, resquebrajada—. Allí no hay señal. El vecino más cercano está a cinco millas. Si quiere encontrarnos, tendrá que aullarle a la luna, porque no habrá rastro digital.

No respondí. Sentía cómo una marca invisible me escocía en la piel, justo bajo la camiseta. Gray creía en los kilómetros y en la ausencia de Wi-Fi. Creía en la física. Pero no entendía que mi Observador es una metástasis. No necesita la señal de un satélite para multiplicarse en mis pensamientos.

La casa de Gray en Vermont era una vieja cabaña de caza, revestida de cedro oscurecido. Estaba al borde de un precipicio, encajada entre los pinos y el abismo. Adentro olía a humedad, colofonia y al polvo de décadas. Gray se puso manos a la obra de inmediato: encendió la chimenea, revisó los cerrojos de las ventanas y puso

sobre la mesa su pistola: pesada, negra y completamente fuera de lugar en aquel silencio.

—Tienes que dormir, Claire. Sueño de verdad. Nada de computadoras. Nada de ese maldito manuscrito.

Se acercó a mí; sus manos, que aún olían a volante y gasolina, se posaron en mi cuello. Pegó su frente a la mía. Su piel estaba caliente, casi febril.

—No dejaré que te toque. ¿Me oyes? Lo quemaré todo aquí si es necesario.

Cerré los ojos, inhalando su aroma. Gray era mi realidad, mi ancla. Pero cuando me besó —con insistencia, con un sabor a desesperación— no sentí ninguna chispa. Solo ceniza fría. Mi cuerpo respondió por hábito, pero mi mente vagaba por el bosque, buscando una silueta con un abrigo oscuro.

Por la noche, me despertó el silencio. Era tan denso que escuchaba la pulsación de la sangre en mis propios oídos. Gray dormía, aplastándome pesadamente con un brazo. Me deslicé fuera de la cama con cuidado. El suelo estaba helado; el frío mordía mis plantas y hacía que mis músculos se contrajeran.

Me acerqué a la ventana. Afuera había una ceguera blanca; la ventisca había borrado los límites del mundo. Pero allí abajo, en la nieve virgen bajo la luz de un farol solitario en la entrada, vi algo que detuvo mi corazón.

No había huellas de pies. Pero había algo más.

Justo bajo nuestra ventana, en la nieve, se leía una inscripción masiva y perfectamente alineada. Las letras eran tan nítidas como si hubieran sido cortadas con láser.

«CAPÍTULO 10. EL SILENCIO TAMBIÉN ES TEXTO»

Pegué la frente al cristal. El frío me quemó la piel. Me zumbaron los oídos. No había huellas que llevaran a la inscripción. No había

huellas que salieran de ella. Era como si las palabras simplemente se hubieran materializado de la propia tormenta.

Me giré. Sobre la mesa, junto a la pistola de Gray, había una vieja máquina de escribir *Remington* que no había notado al llegar. En el rodillo había una hoja de papel. Amarillenta, con olor a libros viejos y a tabaco.

Me acerqué, sintiendo cómo todo en mi interior se contraía con una anticipación vergonzosa. En el papel había un solo párrafo mecanografiado:

«Vermont te sienta bien, Claire. El frío vuelve tu piel transparente, y el miedo en tus ojos es el mejor epíteto que he leído jamás. Gray cree que te ha escondido. Pero solo ha preparado el escenario ideal para nosotros. Sin testigos. Sin ruido. Solo tú, yo y el papel. Sigue escribiendo. Escucho tu respiración a través de las paredes».

Toqué las teclas. Estaban frías como el hielo. Sentí esa humedad familiar y traicionera resbalando por mis muslos. El peligro estaba aquí, en esta casa, en este aire.

Me senté ante la máquina. Mis dedos, finos y temblorosos, se posaron sobre las palancas. Gray dormía tras la pared con su trozo de hierro inútil. Y yo empecé a teclear la respuesta. El golpe de los tipos contra el papel, en el silencio de la noche, sonaba como disparos.

Esta era nuestra mejor sección.

Capítulo 11. Predictibilidad

El sonido de los tipos golpeando el papel era el único ritmo que mi cerebro aceptaba procesar. *Clac-clac-clac.* Un sonido seco, esquelético. El metal golpeaba la cinta, dejando estigmas de tinta sobre la carne amarillenta de la hoja. Esto no era trabajar en una novela. Era una forma de tomarle el pulso a quien estaba a mi espalda sin tener cuerpo. Cada tecla: un disparo al vacío que invariablemente regresaba como un eco. Sentía cómo el Observador se filtraba a través de mis dedos, volviéndose parte del texto, parte de la mecánica, parte de mí.

—¿Qué estás haciendo, Claire? —la voz de Gray cortó el silencio como un cuchillo desafilado troceando carne congelada.

No me giré. Mis dedos continuaron su danza febril. Gray, a mi espalda, se sentía como una montaña de carne pesada y torpe. De él emanaba no solo el olor a bourbon, sino también un ozono seco y punzante: el olor del aire antes del impacto de un rayo. Estaba al límite.

—Estoy terminando de escribirnos, Gray —susurré—. Él quiere un final. No soporta las páginas en blanco.

Al momento siguiente, la realidad crujió. Gray no solo se acercó; se desplomó sobre mi mundo. Su palma cubrió el carro de la máquina, aplastando las palancas. El metal soltó un chillido. La *Remington* salió volando, estrellándose contra la pared con un estruendo que resonó en mí como dolor físico. La hoja de papel, arrancada de las pinzas, flotó lentamente por el aire. Tardó mucho, casi burlándose, en posarse en el suelo como ceniza tras una explosión.

Gray me agarró por los hombros. Sus dedos se clavaron en mis clavículas y sentí cómo bajo la piel se tensaban sus tendones, rígidos

como cables. Me levantó de un tirón, obligándome a respirar su mismo aire. En sus ojos no había protección. Solo un terror primario disfrazado de furia.

—¡¿Has perdido la cabeza por completo?! —rugió—. ¡Mira por la ventana! Ahí, en la nieve… letras. ¡Malditas letras perfectas sin una sola huella alrededor! ¿Entiendes lo que significa? No es un hombre, Claire. ¡O tú… tú eres cómplice de esta locura!

Lo miré y vi cómo se desmoronaba. Gray —el hombre de los hechos y la física— no podía sobrevivir al choque con aquello que no tenía peso.

—No soy cómplice, Gray. Soy la protagonista. Y tú… tú solo le estorbas mientras escribe.

Su rostro se distorsionó. Fue el punto de no retorno. Me estampó contra la pared y el frío de la madera vieja me atravesó la columna. Su antebrazo bloqueó mi respiración, presionando con dureza el hueco blando sobre el esternón. Sentí cómo cada bocanada de aire se volvía corta, robada. Mis arterias bajo su piel latían en un ritmo roto y espasmódico, intentando empujar la vida a través del tornillo de sus músculos.

—¿No te basta con que yo esté aquí? —jadeó, pegando su frente a la mía con tal fuerza que empezaron a flotar manchas ante mis ojos —. ¿Necesitas que ese fantasma posea tu mente?

No me desvestía: empezó a abrirme paso como si yo fuera un obstáculo. La tela de la camiseta bajo sus dedos cedió con un rasguño, exponiendo la piel al aire frío de la habitación. No fue un acto de amor. Fue un intento de llenarme de sí mismo hasta los bordes, para que no quedara ni un milímetro de espacio para el Observador.

Cuando entró en mí, no sentí pasión, sino la invasión de un ritmo ajeno. Sus movimientos eran pesados, monótonos, como si intentara clavar su realidad en mi carne, como clavos en la tapa de un ataúd. Sentía cada punto de contacto no como placer, sino como un ruido

que me impedía escuchar el silencio. Su cuerpo era una jaula; su piel intentaba aislarme del mundo exterior, pero era demasiado fina.

Cerré los ojos, pero la oscuridad tras los párpados no estaba vacía. Allí, en un rincón de mi conciencia, el Observador seguía tomando notas. Sentí la presencia del Tercero no como una imagen visual, sino como un cambio de temperatura. El aire de la habitación se volvió gélido, a pesar del calor del cuerpo de Gray.

Gray se movía cada vez más rápido, su respiración se volvió errática; buscaba en mí la confirmación de su poder, pero solo hallaba un vacío especular. Aplastó mis muñecas contra la pared sobre mi cabeza y sentí cómo se me entumecían las yemas de los dedos. Estaba crucificada entre su desesperación y el éxtasis invisible de alguien más.

En el momento final, Gray se estremeció, sus dedos se clavaron espasmódicamente en mis palmas y exhaló mi nombre como si fuera el único hechizo capaz de sostenerlo ante el borde del abismo. Se quedó inmóvil, dejando caer todo su peso sobre mí, intentando fusionarse, ser un solo ser para que el Observador no pudiera separarnos.

Pero cuando se apartó, sus ojos estaban llenos de derrota. Miró al suelo.

Allí yacía la hoja de papel. Por el impacto de la máquina o por un roce invisible, justo al final de la página, debajo de mis frases inacabadas, destacaba una palabra con nitidez quirúrgica:

«PREDECIBLE»

Gray se quedó petrificado. En la habitación olía a humo de la chimenea y a su ego pisoteado. Comprendió que incluso ese acto de «posesión» no fue más que una escena que el Observador esperaba. Y, quizás, fue el propio Observador quien la dirigió.

Capítulo 12. Hematoma

La mañana en Vermont no trajo alivio. Llegó envuelta en un sudario gris de niebla que se pegaba a los cristales, borrando el límite entre el bosque esquelético y la casa. Hacía tanto frío en la habitación que mi respiración se convertía en débiles nubes de vapor: rastros fantasmales de vida en la cripta en la que Gray había convertido nuestro refugio.

Estaba tirada en el suelo, justo donde él me había dejado horas atrás. Mi ropa, rasgada y abandonada, parecía la piel de una serpiente mudada en un ataque de agonía. El cuerpo me dolía. Los músculos de la espalda estaban rígidos por el contacto prolongado con la madera dura, y sobre la clavícula, donde el antebrazo de Gray me había presionado contra la pared, florecía una hematoma morada: su marca personal de propiedad. Sentía el latido del pulso dentro de ese moretón, un golpe rítmico —*toc-toc-toc*— que parecía el eco de los pasos del Observador.

Gray estaba sentado junto a la chimenea. El fuego se había extinguido hacía tiempo, dejando solo ceniza gris y sin vida, y un olor a hollín viejo y resina quemada que tapaba las fosas nasales, dificultando la respiración. En sus manos sostenía un martillo. Sus movimientos eran metódicos y aterradores en su silencio.

Clinc. Chirrido. Golpe sordo.

Estaba desmontando la máquina de escribir. No solo la estaba arreglando: la estaba diseccionando como un patólogo que busca la causa de la muerte en órganos fríos. Las piezas de la *Remington* estaban esparcidas por la alfombra: palancas que parecían dedos rotos, resortes, tornillos diminutos. Gray buscaba el mecanismo. Buscaba un cable, un módulo de radio, un imán oculto; cualquier

cosa material que explicara cómo apareció en el papel esa maldita palabra: «PREDECIBLE». Buscaba una forma de recuperar el control sobre una realidad que se le escapaba entre los dedos como agua helada.

—No hay nada aquí, Claire —su voz era seca, como el susurro de un pergamino viejo—. Ni cables. Ni micrófonos. Solo un montón de hierro viejo y oxidado.

Levantó la mirada hacia mí. Ya no quedaba rastro de esa furia salvaje y viva que descargó sobre mí por la noche. Solo quedaba una derrota profunda e interna. Su barba había crecido, volviendo su rostro gris y ajeno, y las sombras se hundían bajo sus ojos como trazos de hollín. Olía a cuero frío, a café estancado y a ese olor metálico específico que emana de alguien que no ha dormido en días.

—Tú sabías que estaría ahí —no era una pregunta—. ¿Tú misma lo escribiste mientras yo salía? ¿O mientras yo…? —se interrumpió, y por un instante en sus ojos brilló un destello de autodesprecio—. ¿Quieres que me vuelva loco, Claire? ¿Es esta tu nueva novela? ¿La estás escribiendo sobre mi agonía?

Me levanté despacio, ignorando el temblor de mis rodillas y el frío que parecía haberme calado hasta los huesos. Me acerqué a la ventana. La nieve afuera estaba perfectamente lisa, a excepción del lugar donde ayer estaba mi nombre. El viento había peinado las huellas, pero yo sabía que bajo esa capa de blancura seguía escondida su caligrafía.

—Yo no escribí eso, Gray. Y tú lo sabes. Simplemente no puedes aceptar que él nos ha ganado la partida. Sabía que te enfurecerías. Sabía que perderías el control conmigo. Él solo… nos dejó el veredicto por adelantado. Para él, somos una trama predecible.

Gray se puso en pie de un salto; el martillo se le cayó de las manos, golpeando sordamente la alfombra. El sonido me pareció un disparo.

—¡Basta! —se acercó a mí, pegándose; su olor —una mezcla de sudor fuerte y el aire viciado de la habitación— me envolvió como un capullo—. Nos vamos. Ahora mismo. No me importa la ventisca. Volvemos a Boston. Allí tengo seguridad, allí hay muros de concreto, no madera podrida.

—¿Y qué vas a hacer, Gray? —me giré hacia él; mi mirada era más fría que el hielo del lago—. ¿Esconderme en otra jaula? Él no está afuera. Él es lo que hacemos cuando tenemos miedo. No puedes huir de un coautor que ya está sentado en tu cabeza.

Me agarró de la muñeca y sentí cuánto le temblaban las manos. Pero en ese momento, mi mirada cayó sobre la repisa de la chimenea. Allí, entre figuritas polvorientas, había algo que ayer no estaba.

Un pequeño y elegante broche de plata en forma de pluma de ave.

El mundo a mi alrededor se tambaleó. Conocía esa pieza. Cada muesca en la plata, cada curva… Mi madre lo llevaba en el cuello de su abrigo el día que la encontraron en la bañera vacía. El broche desapareció con sus pertenencias hace diez años.

—Gray —susurré, sintiendo cómo un espasmo me cerraba la garganta—. Mira la repisa.

Siguió mi mirada. Su rostro se volvió mortalmente pálido. Extendió la mano y tomó el broche. En su superficie lisa quedó la huella nítida y grasa de su dedo: una mancha de realidad sobre un fantasma del pasado.

—¿De dónde ha salido esto? —su voz se quebró en un ronquido—. ¿Lo trajiste de la ciudad? ¿Lo has guardado todo este tiempo y no dijiste nada?

—Desapareció el día que ella murió, Gray. No estaba entre mis cosas.

Se hizo un silencio tan profundo en la habitación que se oía caer la nieve tras el cristal. Esto no era un simple «saludo» de un acosador.

Era un puente hacia mi pasado. El Observador no solo me seguía en Boston. Había estado en mi vida siempre. Conocía a mi madre. Conocía el olor de su perfume, sabía cómo se reía antes de callar para siempre.

Gray abrió los dedos lentamente. El broche quedó sobre su palma: una pequeña prueba de plata de que nuestro «lugar seguro» había sido reventado desde dentro mucho antes de que llegáramos.

—Empaca —repitió, pero ahora su voz no tenía fuerza. Solo la frágil esperanza de una huida que no existía.

Me acerqué a la chimenea. Mis pies me llevaron solos hacia la ceniza. Tomé el atizador y empecé a remover los copos grises. Al fondo, bajo una capa de carbones consumidos, vi un trozo de papel. Estaba amarronado por los bordes, pero el texto había sobrevivido.

Lo saqué. La letra de mi madre. Volátil, de ángulos afilados.

«Él siempre mira, Clary. Y es el amor más grande que he conocido jamás».

Me quedé allí, apretando ese papel, sintiendo cómo el abismo negro en mi interior se abría, aceptando las nuevas reglas del juego. Gray gritaba algo a mis espaldas, agarraba maletas, pero su voz sonaba como si viniera de debajo del agua.

Giré la cabeza lentamente hacia la ventana. La niebla afuera se abrió por un instante. Allí, justo frente al porche, estaba mi auto. La puerta del conductor estaba abierta de par en par, invitando al viento helado a entrar. Y en el parabrisas, en un carmesí —el color de mi labial, que no había podido encontrar en toda la mañana—, estaba escrito un número.

«13»

Me miré las manos. En la piel pálida de mis dedos florecían manchas negras frescas. Manchas de la cinta de tinta de la máquina de escribir.

—Gray —susurré, mirando mis dedos manchados—. No solo mira. Ya está escribiendo con mis manos. Y esto es solo el capítulo trece.

Capítulo 13. El accidente

Gray me arrastró al baño como si yo estuviera contaminada por radiación. Sus dedos, cerrados como grilletes de hierro alrededor de mi antebrazo, dejaban manchas blancas en la piel que de inmediato se tornaban de un rojo enfermizo. Metió mis manos bajo el chorro de agua helada y empezó a frotarlas con furia usando un cepillo de cerdas duras.

—¡Es solo pintura, Claire! ¿Me oyes? ¡Solo maldita pintura! —su voz se quebró en un falsete, con una fina nota de pánico vibrando en ella—. Se coló anoche. Preparó la cinta con esa porquería mientras dormíamos. ¡Es física, Claire! ¡Solo química!

Yo guardé silencio, observando cómo el agua se arremolinaba en el desagüe, volviéndose de un gris turbio. Pero las manchas en mis dedos no desaparecían. Al contrario, se volvían más nítidas, como si brotaran de debajo de la piel. La tinta se había incrustado en los poros, se había metido bajo las uñas, dibujando cada línea de mis palmas. Sentía su olor: acre, metálico, evocando sangre y baterías viejas.

—Basta, Gray. Me duele.

No escuchaba. Siguió frotando hasta que la piel de los nudillos se rompió, liberando gotas de sangre real, escarlata. Lo rojo se mezcló con lo negro bajo el chorro de agua helada. Parecía una pintura abstracta de la locura que estábamos creando juntos sobre el loza fría del lavabo.

—Lo encontraré —gruñó, soltando el cepillo. Gray olía a ropa sucia y a ese sudor ácido y metálico que exuda el cuerpo en estado de agotamiento extremo—. Empaca. Nos vamos. Ahora.

El auto esperaba frente al porche. La puerta del conductor estaba abierta de par en par, invitando al viento gélido a entrar. Gray borró frenéticamente con la manga de su chaqueta el número

«13»

sangriento del parabrisas, difuminando el labial en una bruma rosada. Saltamos dentro. El aroma en la cabina había cambiado. Al olor habitual del cuero y el aire gélido se le había sumado un aroma sutil, empalagosamente dulce, de jacintos.

Las flores favoritas de mi madre. El estómago se me contrajo en un nudo apretado.

Gray no lo notó. Hundió el pedal del acelerador a fondo y los neumáticos chillaron, hincándose en la grava congelada. Volábamos a través de la niebla que se cerraba tras nosotros, cortando el camino de vuelta a la casa. Gray se aferraba al volante con tanta fuerza que sus nudillos blanquearon, pareciendo piedras lavadas.

De pronto, el panel central de navegación estalló en una luz azul tóxica. La pantalla parpadeó y por ella corrieron líneas de código que fueron reemplazadas por un mapa.

—Qué demonios... —Gray golpeó el tablero—. Desconecté el GPS. ¡Arranqué la tarjeta SIM antes de salir de Boston!

El sistema lo ignoraba. En lugar de una ruta, en la pantalla apareció un único punto. Sin nombre, sin dirección. Una mancha roja en medio del bosque, hacia la cual conducía una única y estrecha brecha entre los árboles. De los altavoces brotó un sonido. Primero fue solo ruido blanco, un estallido estático que me taponó los oídos. Y luego, a través de la interferencia, se filtró una melodía. El viejo solo de piano que mi madre tocaba cada domingo.

—Es Bluetooth, se conectó a un dispositivo oculto —Gray intentaba desesperadamente silenciar el sonido, sus dedos volaban por el sensor, pero el sistema estaba bloqueado—. ¡Claire, es solo tecnología! ¡Está cerca, transmitiendo la señal por el puerto OBD!

Gray frenó en seco; el auto derrapó. Quedamos inmóviles en medio de la vacuidad blanca. La música subió de volumen, llenaba toda la cabina, vibraba en mis huesos. En la pantalla del navegador empezaron a teclearse palabras. Una tras otra, con ese mismo sonido de máquina de escribir. *Clac. Clac. Clac.*

«DE TI MISMA NO SE ESCAPA, CLAIRE»

«CAPÍTULO 13. EL ACCIDENTE»

—¡Sal! —Gray tiró de la manija de la puerta, pero no cedió—. ¡Perra! ¡Seguros electrónicos!

Golpeó el cristal con el hombro. En ese instante, el auto empezó a acelerar por sí solo. El motor rugió; la aguja del tacómetro se hundió en la zona roja.

—¡Gray, frena! —grité, pero el pedal se hundió hasta el fondo, inútil.

El vehículo salió disparado hacia adelante, directo contra la densa pared de niebla, hacia un roble masivo que surgió de la nada. En el espejo retrovisor vi un destello corto y cegador de una cámara. Nos estaban fotografiando.

Lo último que escuché antes del impacto no fue el grito de Gray ni el crujido del metal. Fue el clic suave y tranquilo de un obturador. El Observador capturó el final del capítulo.

Capítulo 14. Soledad para tres

El silencio tras el impacto no era vacío; era pesado, como tierra húmeda amontonada en la boca. El zumbido en los oídos lo ahogaba todo: los quejidos del metal enfriándose, el siseo del vapor del radiador destrozado, la respiración rota y borboteante de Gray. El sonido era como el de una bomba averiada. Inspiración: borboteo; espiración: silbido.

Abrí los ojos. El mundo se había invertido y quedado congelado bajo un ángulo grotesco. El parabrisas se había convertido en una telaraña blanca de un millón de grietas, a través de las cuales la niebla de Vermont parecía un encaje sucio arrojado sobre el cadáver de la realidad. La frente me ardía como si me hubieran pegado un sello al rojo vivo. Lentamente, superando la ola de náusea, levanté la mano. Mis dedos —aún manchados con la tinta imborrable— tocaron algo tibio y pegajoso. Sangre. Bajaba en densas gotas por el puente de la nariz, entrando en la comisura de mi boca. Salada, con un sabor metálico a hierro oxidado que golpeaba el cerebro.

—Gray… —mi voz no era más que un crujido seco de hojas muertas.

No respondió. Gray colgaba del cinturón de seguridad como una marioneta rota. Su cabeza había caído sin vida sobre su pecho, dejando expuesto un cuello pálido con una vena latente. Su rostro, habitualmente firme y duro, parecía ahora una máscara de porcelana por la que, desde una herida profunda en la sien, reptaba un hilo oscuro, casi negro. En la cabina olía a la pólvora de los airbags desplegados: un olor químico, seco y acre, que obstruía los pulmones provocando espasmos en la garganta.

Intenté mover las piernas y un dolor punzante en las costillas me obligó a gritar. El mecanismo de la puerta estaba bloqueado. El

metal se había arrugado, convirtiendo el auto en nuestra tumba de acero compartida. Estábamos expuestos al bosque, como dos piezas en una vitrina rota.

Y entonces lo sentí. Un cambio en las corrientes de aire. Ese frío específico que no tiene relación con el clima.

Alguien se acercó al vehículo. Los pasos eran suaves, seguros, casi insonoros; así es como un dueño inspecciona sus dominios. La nieve no crujía bajo su peso; gemía casi imperceptiblemente, sometiéndose a una voluntad ajena. Me quedé inmóvil, hundiéndome en el asiento, temiendo que el latido de mi propio corazón me delatara. La sangre me nublaba el ojo izquierdo, pero con el derecho vi cómo el borde de un abrigo pesado y oscuro se detenía a pocas pulgadas de la ventanilla lateral rota.

El Observador no tenía prisa. No abrió la puerta ni intentó sacarnos. Simplemente se quedó allí, permitiéndome sentir físicamente su presencia con cada terminación nerviosa. Olía a aire puro de invierno, a agujas de pino y a ese mismo ozono concentrado que siempre precede a la tormenta.

La eternidad cayó a cántaros. El silencio solo lo rompía el tictac del motor enfriándose. Entonces, a través de los fragmentos de vidrio afilados como cuchillas, bajó lentamente hacia la cabina una mano enguantada en cuero negro. Los movimientos eran de una precisión caligráfica. No me miraba; sentía que su vista estaba clavada en el acto mismo de la creación.

Los dedos envueltos en cuero impecable depositaron con cuidado, casi con ternura, una hoja de papel sobre el regazo de Gray, justo encima de sus palmas ensangrentadas y sin vida.

Un clic suave y seco del obturador de la cámara: como un punto al final de una frase. El toque final. Los pasos empezaron a alejarse, haciéndose cada vez más tenues hasta fundirse con el susurro indiferente del viento en las ramas del roble. Se había ido, dejándonos pudrir en esta trama.

Con dedos temblorosos, dejando manchas negras sobre la superficie blanca, alcancé el papel. Era denso, caro, perfectamente seco y limpio a pesar de la niebla y el caos. No tenía ni una gota de nuestra sangre. Solo letras. Caracteres negros y depredadores, grabados en la carne de la página con tal furia que el papel bajo ellos parecía tener relieve.

«CAPÍTULO 14: SOLEDAD PARA TRES. Gray duerme. Su silencio es el acto más sincero de su vida mediocre y predecible. Ya no nos estorba, Claire. Ahora que el ruido de su presencia finalmente se ha callado, puedes oír mi susurro. En la página 144 de tu viejo diario, dejé una respuesta. Encuéntrala antes de que él despierte. O antes de que se duerma para siempre».

Arrugué el manuscrito en mi puño, sintiendo las esquinas del papel clavarse en mi palma. En ese instante, Gray se estremeció. Su pecho se agitó bruscamente y soltó un gemido débil y agónico, parecido al quejido de un perro herido. Sus párpados temblaron y abrió los ojos.

Su mirada era turbia, desenfocada por el shock y el dolor, pero me encontró al instante. O mejor dicho, encontró lo que yo sostenía en las manos.

Gray no veía a su mujer desangrándose en un auto destrozado. Veía a Claire, sentada a su lado, ignorando su agonía y apretando contra su pecho la maldita hoja con un brillo febril, casi religioso, en los ojos. Su boca se entreabrió, dejando ver dientes ensangrentados.

—¿Claire? —su voz era apenas audible, empapada de incomprensión y de un terror primario. Desvió la mirada hacia el manuscrito, luego hacia mis dedos manchados de tinta que apretaban el texto—. ¿Tú... estás leyendo eso? ¿Ahora mismo?

En sus ojos no vi miedo hacia el Observador. Vi el abismo que se había abierto entre nosotros. Comprendió que, para mí, esa página pesaba más que su vida.

—Gray, aquí hay una respuesta... tenemos que ir a la casa, la página 144... —comencé, pero mi voz se quebró bajo el peso de su mirada.

—Ayúdame... —jadeó, su mano se agitó espasmódicamente intentando alcanzar la hebilla del cinturón, pero sus dedos no obedecían—. Claire, tira eso... te lo suplico... sácame de aquí...

Lo miré, miré su rostro pálido y desencajado por el dolor, y luego de nuevo a la página. La tinta bajo mis uñas empezó a escocer insoportablemente, como larvas vivas royendo el camino hacia mis venas. El Observador tenía razón. Gray era un estorbo. Su realidad —demasiado ruidosa, demasiado sucia y primitiva— me impedía concentrarme en lo Principal.

No me lancé hacia él. Mis dedos no buscaron la hebilla de su cinturón. En lugar de eso, lenta, casi con reverencia, escondí la página bajo mi chaqueta, apretándola contra mi piel desnuda, sintiendo el frío del papel contra mi cuerpo.

Esa elección en una fracción de segundo fue el fin de todo. Gray se quedó petrificado. Algo en sus ojos se apagó definitivamente, reemplazado por una gélida comprensión: en ese auto destrozado, ahora eran dos. Yo y aquel que dirigía mi mano. Y Gray... Gray era simplemente un símbolo sobrante que el autor había decidido tachar.

Capítulo 15. Anatomía del eco

El silencio tras el impacto duró poco. Lo desgarró el aullido rítmico y obsesivo de las sirenas, que pareció materializarse directamente de la niebla gris de Vermont. Los destellos rojos y azules se filtraban en la bruma, convirtiendo el lugar del accidente en un escenario palpitante. Esa luz era mecánica; el efecto estroboscópico hacía que cada movimiento de los paramédicos pareciera un fotograma de una película de terror que yo veía desde la primera fila.

Yo no los llamé. En esa hondonada entre robles centenarios no había señal. Mi teléfono era un trozo de vidrio muerto en mi bolsillo, con la pantalla cubierta por una telaraña de grietas, igual que el parabrisas; el de Gray estaba bajo el asiento, aplastado junto con sus costillas. Y, sin embargo, estaban aquí. Precisión. *Timing*. La coreografía del Observador era impecable. No solo había provocado el accidente; había curado sus consecuencias, garantizando que los espectadores llegaran justo al levantarse el telón.

El auto de Sophie frenó en el arcén con un chirrido. Sus faros cortaron la penumbra, cegándome por un instante, convirtiendo el mundo en una fotografía sobreexpuesta y cruda. Salió de detrás del volante con el rostro convertido en una máscara de terror desorganizado. Corrió hacia mí, sus botas crujiendo sobre el aguanieve y las hojas muertas con un sonido que me recordaba a alguien castañeando los dientes en mi oído.

—¡Claire! ¡Dios mío, Claire! —gritó, su voz rompiéndose en mi nombre. Me agarró por los hombros; sus manos estaban heladas y temblaban tanto que sentía la vibración en mis propios dientes—. ¿Estás bien? ¿Me oyes? ¡Mírame! ¿Qué pasó? El auto... Gray... Dios, hay tanta sangre.

La miraba, pero no la veía. Mi mente estaba anclada al peso del papel guardado bajo mis costillas. Sentía la textura de la hoja: seca, cara, indiferente a la carnicería circundante. Parecía más real que el humo que salía del capó.

—¿Cómo lo supiste, Sophie? —mi voz era un roce plano y seco, como el viento de invierno sobre la hierba muerta—. ¿Cómo encontraste este lugar?

Parpadeó, las lágrimas emborronaron su rímel en franjas oscuras y desiguales sobre sus mejillas. Sacó el teléfono con dedos temblorosos.

—Recibí un mensaje, Claire. De un número desconocido. Solo coordenadas y un texto: «Tu amiga está en problemas. Date prisa». Devolví la llamada diez veces mientras venía, pero nada. Ni tono. Solo un silencio muerto, un vacío al otro lado, como si el número nunca hubiera existido. Pensé que era una broma pesada hasta que vi las luces.

Me quedé mirando su pantalla. Las cifras de las coordenadas parecían reptar como hormigas negras. Él había abierto el corredor de información lo justo para que no nos pudriéramos en estos bosques prematuramente. Lo justo para que yo terminara de leer su borrador.

Gray soltó un gemido húmedo y borboteante cuando lo sujetaron a la camilla. Ese sonido —inspiración-burbujeo, espiración-silbido— hizo que mi caja torácica se contrajera, pero no por compasión. Por irritación. Era demasiado ruidoso. Demasiado real. Su agonía era un ruido molesto en la frecuencia ideal y silenciosa del manuscrito que yo apretaba.

Sus ojos encontraron los míos. Estaban dilatados, llenos de un terror primario y desgarrador. Extendió una mano, con los dedos manchados de aceite y su propia sangre, buscando a la mujer que creía proteger. Me miró, y lo supe: estaba viendo la verdad, el brillo religioso en mis ojos, la distancia gélida de mi mirada. Comprendió que la página en mis manos pesaba más que toda su existencia.

—Señora, está en shock. Tiene que venir con nosotros —dijo un paramédico. Su mano, pesada y estéril, se posó en mi hombro. Olía a látex y menta barata, un olor tan cotidiano que me dieron ganas de gritar.

Me sacudí su mano. Mi piel escocía ante el contacto de alguien que no formaba parte del guion.

—Sophie —dije con una voz carente de colores—. Llévame a Boston. A casa.

—¿Claire? ¿Te has vuelto loca? ¡Se está muriendo! ¡Tenemos que seguir a la ambulancia a urgencias! —gritó Sophie, con el rostro distorsionado por el brillo estroboscópico de las sirenas.

No respondí. Simplemente caminé hacia su auto, dejando atrás el olor a pólvora, a sangre y la vida agonizante de Gray. No estaba huyendo. Estaba regresando a la única realidad que importaba.

El viaje de vuelta a la ciudad fue una mancha borrosa de asfalto negro y los sollozos rítmicos y amortiguados de Sophie. No la oía. Solo oía el rasguño fantasma de una pluma en lo profundo de mi cráneo. Para cuando llegamos a mi casa, la ciudad parecía gris y agotada, un boceto al carbón de un mundo que ya no reconocía. No le di las gracias a Sophie. No me despedí. Subí las escaleras corriendo; mis pasos resonaban en el pasillo estrecho y vacío como disparos.

El apartamento me recibió con olor a café estancado, polvo y el pesado aroma metálico de mi propia obsesión. No encendí la luz. No me hacía falta. Sabía exactamente dónde estaba. Mi viejo diario. Aquel de la cubierta de cuero desgastada que había abandonado hacía meses, pensando que podría ser "normal".

Lo encontré en la mesilla de noche. Parecía pesado, como si el papel interior hubiera ganado masa. Lo abrí. 140... 142... 143...

Página 144.

No había recuerdos viejos. La página estaba llena de una caligrafía fresca y afilada que parecía centellear en la penumbra. Las letras eran depredadoras y precisas.

«CAPÍTULO 15: ANATOMÍA DEL ECO. Bravo, Claire. Un trabajo limpio. Sabes, en las malas novelas, los protagonistas se atormentan durante capítulos enteros con remordimientos de conciencia antes de cometer algo verdaderamente honesto. Pero tú... tú lo has hecho de forma brillante. Estabas allí, en esa niebla, entre el aullido de las sirenas y el olor a goma quemada, y lo único que te importaba de verdad era que el papel en tu bolsillo no se arrugara. Sabía que elegirías Boston. Sabía incluso qué mueca de desconcierto pondría Sophie cuando le ordenaras marcharte. Fue predecible como una mala rima y, sin embargo, jodidamente elegante. No dejaste a Gray con los paramédicos por crueldad, no. Simplemente comprendiste que su línea argumental había llegado a un callejón sin salida. Se convirtió en un personaje sobrante, una errata que finalmente decidiste borrar. ¿Pensaste que fue un impulso repentino? ¿Tu huida audaz? Mi querida Claire, yo coloqué esos signos de puntuación en tu camino antes de que te tomaras el café de la mañana. Tu "libertad" es solo una correa larga que sostengo mientras tú corres inspirada en círculos. Divertido, ¿no crees? Te esfuerzas tanto en ser la autora, sin notar que la tinta bajo tus uñas es mi firma bajo tu sentencia. Ya no escribes; interpretas un papel. Y debo admitir que resultas asombrosamente natural en ese entumecimiento. Ahora que has disfrutado de tu pequeño triunfo sobre la moral, hazme un favor. Pasa la página de la realidad. Mira hacia atrás. Quiero ver si tus ojos brillan con la misma chispa irónica que mi texto, o si todavía tienes miedo de ver a aquel que ya conoce tu final».

Capítulo 16. Píxel muerto

Me giré. El cuello estaba rígido, los músculos dolorosamente tensos tras el impacto del accidente; un dolor sordo pulsaba en la base del cráneo. Me obligué a moverme; las vértebras protestaron con un roce seco y sutil.

La esquina de la habitación se había convertido en un bolsillo de oscuridad estancada, una mancha densa y borrosa allí donde las sombras de las pesadas cortinas se encontraban con el suelo. Pero el aire había cambiado. En mi apartamento, que solía oler a polvo y al sedimento amargo del café matutino, se habían infiltrado. Era un aroma pesado, caro e innegablemente masculino. Un ataque por capas: el amargor seco y añejo del tabaco de pipa de élite y, bajo él, el calor cremoso y envolvente del sándalo. Un olor limpio y punzante que no solo flotaba por la habitación: la ocupaba. El olor de un bosque invernal pasado por la seda de un traje costoso. No pertenecía a mi mundo de fechas de entrega y vino barato, y precisamente por eso mi corazón golpeó mis costillas como un pájaro enjaulado.

No lo veía. No estaba segura de si había allí un cuerpo físico o si simplemente había dejado a su fantasma para burlarse de mí. Pero sentía el peso de su mirada. Una presión táctil, un foco de agujas clavado en el hueco de mi cuello.

—¿Es esto lo que querías? —pregunté. Mi voz era baja, sin el temblor esperado. Sonaba como una cuchilla dentada deslizándose sobre terciopelo—. ¿Ver cómo me arrastro de vuelta al silencio que construiste para mí? ¿Verme romperme en la oscuridad?

La respuesta fue el silencio. Un silencio pesado, asfixiante, vibrando con su presencia.

Un súbito y agudo estallido de adrenalina inundó mi sistema, barriendo el cansancio del viaje. Si yo era un personaje en su manuscrito, entonces había terminado de seguir las acotaciones. Estaba harta de ser la tinta; quería ser la mano que sostiene la pluma. Quería ver cómo manejaba él una improvisación para la que no se había preparado.

Pasé por delante de esa esquina oscura hacia el baño. Sin prisa. Sin sobresaltos. Mientras caminaba, me quité el suéter; la tela raspó mi piel, exponiendo mis hombros al aire frío y a su vista invisible. No miré atrás. Sentía sus ojos sobre mi piel desnuda: un rastro de fuego frío descendiendo por la línea sensible de mi columna, contando cada vértebra. Yo era un amasijo de moretones; en mi muslo florecía un trazo carmesí y negro por el golpe contra la puerta del auto; las costillas me dolían con cada movimiento. Pero me sentía más viva, más tangible que en todos los últimos años.

Entré al baño y dejé la puerta abierta de par en par. Una invitación directa. Un desafío tallado en azulejos y loza.

Abrí el agua sin esperar a que se calentara. Las primeras salpicaduras fueron un shock: gotas gélidas estallando contra mi pecho, obligándome a tragar aire espasmódicamente. Luego llegó el calor: hirviente, denso, pesado por un vapor que empañó el espejo al instante. Me puse bajo el chorro, dejando que el agua golpeara mi cara, silenciando el mundo. Sabía que en alguna parte había un objetivo. O, tal vez, él estaba a pocos pies, observando a través de la rendija de la puerta abierta. Ante ese pensamiento, una electricidad extraña y oscura recorrió mi piel. No era asco. Era hambre.

Eché la cabeza hacia atrás, dejando que el agua resbalara por mi pecho. Mis manos siguieron el flujo, resbaladizas por el jabón, deslizándose por la curva de mi cintura con una lentitud deliberada, tortuosa. Estaba interpretando un papel, pero por primera vez yo era la directora de la escena. Deslicé mis dedos por las costillas, delineando la mancha azul y negra de la hematoma en mi muslo.

Quería que viera el daño que había causado. Quería que viera qué hermosa resultaba la violencia de su mundo traducida en mi piel.

Cerré los ojos e imaginé sus manos. No los toques torpes y vacilantes de Gray, que siempre parecían una disculpa, sino las suyas. Imaginé palmas con olor a tabaco oscuro y sándalo, lo bastante grandes para abarcar mi cintura, lo bastante fuertes para dejar marcas nuevas que acallaran las viejas. Mi respiración se volvió superficial, rítmica. Deslicé una mano entre mis piernas, los dedos trabajando en un ritmo roto e impaciente. El rugido del agua era una pared de ruido blanco, pero no podía apagar el golpe de mi propio pulso en mis oídos. Arqueé la espalda, presionando la frente contra el azulejo frío y mojado; el contraste de la piedra helada y el agua hirviendo me hacía girar la cabeza. Me empujé a mí misma, con la palma presionando con dureza el centro hinchado de mi deseo, hasta que el mundo se redujo a la sensación del agua, la piel y el conocimiento abrasador de que me estaban observando.

El orgasmo fue feroz: un destello blanco que hackeó mi sistema nervioso y me dejó temblando. Las rodillas me flaquearon; me apoyé en la esquina de la ducha, el pecho agitado, el vapor llenando mis pulmones hasta el mareo.

Me quedé allí mucho tiempo, hasta que el agua se volvió tibia y el incendio en mi sangre se transformó en un resplandor tenue. Me sequé lentamente con movimientos lánguidos y me envolví en una toalla fina, casi transparente.

Cuando regresé al dormitorio, el pesado olor a sándalo casi había desaparecido, reemplazado por el olor húmedo de la lluvia y de mi propia piel. La sombra de la esquina se había ido. La habitación parecía vacía, como si le hubieran succionado el aire.

Pero sobre mi almohada descansaba una pluma estilográfica negra. Pesada, de metal frío y resina pulida; parecía un arma disfrazada de herramienta. Debajo, un trozo de papel con bordes rasgados y unas pocas palabras escritas con esa caligrafía afilada, arrogante y depredadora:

«Una interpretación fascinante, Claire. Verdaderamente. Me gustó especialmente cómo usas tus moretones como adornos. Pero no te adelantes: incluso las mejores improvisaciones siguen la lógica de mi guion. Quédate con la pluma. La necesitarás cuando comprendas que el próximo capítulo no lo escribes tú. Sino yo. Duerme profundamente. Estaré mirando».

Levanté la pluma. Estaba tibia. Parecía que hace solo unos segundos había estado en la palma de una persona viva y palpitante. No me acosté. Me senté al escritorio, aún húmeda, con la toalla resbalando de mis hombros, y puse el plumín sobre el papel. Si quiere una obra maestra, se la daré: escrita con la sangre que él derramó.

Capítulo 17. Diccionario de la obsesión

En el hospital no olía a sándalo ni a tabaco caro. Olía a lejía industrial, al ozono de los transformadores zumbantes y a la lenta, clínica putrefacción de una esperanza mantenida artificialmente. Era el mundo de los vivos: estéril, demasiado brillante y dolorosamente ruidoso. El siseo rítmico y los clics de los respiradores eran el único pulso que este piso reconocía.

Yo estaba tras el cristal doble de la UCI, mirando lo que quedaba de Gray. Se había convertido en un paisaje de piel pálida y gasas blancas, señalizado por autopistas de tubos plásticos. Su rostro se había hinchado, volviéndose ajeno: un borrador borroso y fallido del hombre que intentó salvarme. Para mí, no era ni amante ni víctima. Parecía un párrafo tachado con trazos densos e indiferentes de tinta china. Una subtrama innecesaria que el autor decidió descartar por falta de utilidad.

Sophie estaba sentada en una silla de plástico cercana. Sus ojos estaban inflamados, con una red roja de vasos rotos. Apretaba un vaso de papel con café frío con ambas manos, como si fuera una reliquia sagrada capaz de protegerla del traqueteo mecánico de las máquinas.

—Los médicos dicen que es un milagro, Claire —susurró, y su voz era un hilo fino a punto de romperse—. Dicen que si no fuera por esa llamada anónima... si la ayuda hubiera llegado apenas cinco minutos más tarde... ya no estaría.

No respondí. Sentía el peso de la pluma estilográfica negra en mi bolsillo: el regalo de las sombras. Era pesada, fría y pulsaba con un ritmo idéntico al mío. Cinco minutos. El Observador no hacía milagros; hacía cronometrajes. Le salvó la vida a Gray no por

piedad. Un cadáver es un objeto estático, un final. Pero un hombre moribundo, balanceándose en el borde, es una tensión narrativa prolongada y exquisita.

—Vete a casa, Sophie —dije. Mi voz sonó hueca, reflejándose sin vida en las paredes de azulejos—. No tienes nada más que hacer aquí.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —levantó la mirada y en ella brilló algo parecido al horror—. Estabas en ese auto. Casi te mueres con él. Y simplemente... estás aquí de pie mirando.

No le expliqué que yo ya no estaba en ese auto hacía mucho tiempo. No le dije que morí definitivamente y nací de nuevo en el momento en que absorbí el olor a sándalo en la oscuridad de mi cuarto. Simplemente me di la vuelta y me fui. El crujido de mis botas sobre el linóleo sonó como la corrección final de un capítulo.

Para cuando llegué al apartamento, el sol se ponía sobre Boston, proyectando sombras largas y dentadas. La ciudad parecía un boceto al carboncillo: sucio y tembloroso. No encendí la luz. Fui directa al escritorio y saqué el diario de cuero.

Página 145. Limpia. Esperando la carne de las palabras.

Desenrosqué el capuchón de la pluma. La tinta interior era densa, aceitosa, y olía al mismo tabaco y sal que sentí en el baño. Mi mano estaba firme. Empecé a escribir, pero no era prosa. Era un desafío al hombre del rincón.

«Te gusta mirar, ¿verdad, Maestro?» —el plumín rasgaba el papel costoso con el sonido de una pequeña fiera arañando la puerta—. «Te has imaginado que eres el arquitecto. Crees que cada giro de mi cabeza, cada respiración rota, es una línea que ya has prescrito. Pero cualquier arquitecto deja una falla. Una grieta oculta en los cimientos que es demasiado arrogante para notar.

Veo tu grieta. No me miras porque yo sea tu obra maestra. Me miras porque tienes hambre. Te has escondido tanto tiempo en las sombras de vidas ajenas que has olvidado lo que es tener la tuya

propia. Usas mi piel, mi terror y mi deseo como una prótesis para sentir el pulso que perdiste. Dime... ¿quién es ahora la marioneta? ¿La mujer bajo la luz o el fantasma que no puede cerrar los ojos?»

Terminé el párrafo y dejé la pluma sobre la página abierta. No cerré la puerta con llave. No corrí las cortinas. Quería que la ciudad mirara hacia adentro, y quería que Él me mirara a mí.

Me acosté en la cama, sin desvestirme. El silencio en el apartamento era pesado, presionando físicamente mis tímpanos. Esperaba. Quería que él leyera esto. Quería ver cómo se sentía el arquitecto cuando el edificio empezaba a gritarle en la cara.

Caí en un sueño ligero y febril. Soñé que la tinta corría por mis venas, volviendo mi sangre negra y fría. Soñé que un hombre con manos que olían a sándalo tallaba su nombre en mis costillas con la punta del plumín.

Cuando desperté, hacía frío en la habitación. La ventana estaba abierta de par en par, las cortinas finas golpeaban con el viento mordaz de Boston. Me incorporé, el corazón me latía en la garganta. El olor había vuelto, esta vez concentrado. Tabaco amargo y madera profunda, ancestral.

Fui al escritorio. El diario estaba allí, pero la pluma se había movido. Ahora descansaba atravesada sobre la página. Bajo mis líneas había aparecido una nueva anotación. La caligrafía era distinta: depredadora, afilada, la tinta aún brillaba con humedad.

«Observación inteligente, Claire. Encontraste la grieta. Pero lo que tú llamas falla, yo lo llamo invitación. ¿Crees que peleas por el control? Mira más de cerca. Usaste mi pluma para registrar mis pensamientos. Aún no eres la autora. Simplemente, por fin, has empezado a aprender el diccionario de tu propia obsesión».

Pero no era el final. Bajo el texto había un mapa dibujado. Coordenadas en el South End. Y una sola palabra que congeló la sangre en mis venas:

«Ven. Veremos si eres capaz de manejar el tercer acto sin guion».

Miré las coordenadas. El teatro abandonado «Olympus»: un lugar de fantasmas, polvo y terciopelo viejo. Ya no solo observaba. Me estaba citando en el escenario.

Levanté la pluma y la apreté tanto que el metal se clavó en mi piel. ¿Quiere una obra? Le daré una tragedia.

Capítulo 18. Punto de enfoque

El objetivo es el único mediador honesto entre el caos y yo. A través del cristal, la realidad se vuelve obediente, fragmentaria, despojada de ruido innecesario. No puede mentir cuando se la aprieta en el marco rígido del encuadre.

La vi a través de la retícula del visor.

Claire estaba ante la fachada del teatro «Olympus». El edificio parecía un diente podrido en la mandíbula de Boston: molduras descascarilladas, maderas claveteadas que olían a polvo mojado y a un triunfo olvidado. Ella parecía diminuta frente a esa ruina. Una mancha pálida contra el cielo gris y lavado.

Ajusté el enfoque. El anillo del objetivo cedió con un clic casi inaudible, aceitoso. Ahora lo veía todo: el leve temblor de sus dedos apretando el cuello del abrigo, y esa misma hematoma en su cuello: el trazo carmesí y azul que ahora formaba parte de mi arquitectura. No estaba asustada. En su postura se leía algo más peligroso: codicia. La codicia de la coautora que ha encontrado un final que no merece.

Dio un paso hacia las puertas.

Sentía su presencia en mi piel, aunque nos separaban metros de concreto y sombras. Lavanda mezclada con olor a polvo del camino y ese sabor metálico que queda en la boca después de un grito largo. Ayer en la ducha estuvo magnífica. Creyó que dirigía la escena, sin entender que su propia desnudez no era más que un párrafo en mi capítulo. Intentó desafiarme usando sus moretones como pintura de guerra. Ingenua. Y tan... inspiradora.

Entró, y la oscuridad del teatro la devoró como la boca de un leviatán.

Bajé la cámara. Dentro del «Olympus», la luz era un lujo. Reinaba el terciopelo viejo, con olor a moho, maquillaje seco y excremento de rata. Preparé el escenario para ella. El mismo que describió con tanto detalle en su borrador hace dos años. Creyó que era fruto de su imaginación, pero yo simplemente permití que recordara lo que yo ya había diseñado.

Oí el sonido de sus pasos. El golpe de los tacones sobre las tablas podridas del escenario resonaba en mis sienes con el ritmo de su pulso.

—¿Estás aquí? —su voz cortó el silencio. Era baja, llena de tinta y desafío.

No respondí. Estaba en la sombra del palco, envuelto en el olor del sándalo y el tabaco pesado, observando cómo caminaba hacia el centro del proscenio, directo al círculo del único foco que funcionaba. Parecía una víctima que venía a pedir una segunda ración.

Toqué el disparador. *Clic.*

«Sigue escribiendo, Claire», pensé, sintiendo cómo dentro se revolvía ese animal que ella tanto teme reconocer en sí misma. «Muéstrame de qué eres capaz por el punto final perfecto».

Se detuvo en el centro del círculo de luz. Su respiración en el aire frío se convertía en nubes intermitentes de vapor. Sabía que yo miraba. Esperaba una orden. Salí lentamente de la sombra, quedándome en el límite de su visión. Mis botas no emitieron sonido alguno. Quería que primero sintiera mi olor —el sándalo abrasador— antes de ver la silueta.

—Capítulo dieciocho, Claire —mi voz sonó densa, resonando bajo la cúpula de la sala—. Encuentro con el Coautor. Viniste sin Gray. Viniste por la tinta.

Vi cómo se estremeció, pero no de miedo. Fue una convulsión de reconocimiento.

—Muéstrate —susurró.

Dí otro paso. Directo a su infierno personal. Mi sombra cayó sobre sus zapatos, larga y afilada como un estilete. Levantó la cabeza y, bajo la luz del foco, sus ojos brillaron con esa misma locura que yo había cultivado con tanto esmero.

—¿Te gusta este interior? —señalé con la mano las paredes desconchadas de los palcos—. Lo escribiste hace dos años. Terciopelo rojo, olor a polvo y un silencio que muerde. Creaste este lugar para matar a tu héroe. Pero hoy no mataremos a nadie, Claire. Vamos a diseccionar.

Me acerqué más. Ahora no había más de dos pies entre nosotros. Vi cómo se dilataban sus pupilas. Olía a frío y a una espera febril. Extendí la mano —con el guante de cuero negro— y toqué su barbilla. La piel estaba helada.

—Gray está en el hospital —continué en un susurro—. Sus costillas soldarán, pero su mundo está destruido. Lo dejaste allí, en el bosque. Pasaste por encima de su cuerpo roto para llevarte mi hoja. Fue... poético. Tu mejor acto como escritora.

Sus labios temblaron. No se apartó. Al contrario, se inclinó hacia adelante, buscando el calor de mi cuerpo.

—¿Quién eres? —su voz era apenas un soplo.

—Soy tu eco. Soy el que termina los pensamientos que temes concluir. Soy tu punto de enfoque.

Sentí cómo su respiración se aceleraba. Miraba mi máscara —o mi rostro, oculto en la penumbra— y vi cómo los engranajes de su cerebro hacían clic. Intentaba clasificarme, buscar una falla. Pero yo era un monolito.

Aparté la mano de su rostro y saqué un objeto pequeño del bolsillo interior del abrigo. Un frasco de vidrio con un líquido negro, denso y

aceitoso.

—Tu pluma está vacía, Claire. Necesitas tinta nueva. Pero el precio no serán palabras, sino la verdad.

Puse el frasco en el borde de la concha del apuntador.

—Cuéntame sobre ayer en la ducha. Sobre el broche de tu madre. Cuéntame por qué sonreías cuando el auto se estrelló contra el árbol. Si la mentira es tu armadura, hoy te la voy a arrancar.

Claire respiró hondo. Vi cómo tembló su garganta. No me miraba a mí: miraba al vacío del patio de butacas.

—¿Quieres saber lo de la ducha? —su voz era rasposa—. Está bien. Ayer, cuando abrí el agua, no intentaba lavarme. Intentaba arrancarme a Gray de encima. Su cuidado, su rectitud, sus manos aburridas y predecibles. El agua quemaba, el vapor llenaba los pulmones, y en esa niebla por fin te sentí. Tu mirada era como una presión táctil. Un rastro de fuego frío por la columna. Toqué la hematoma del muslo: una mancha carmesí y caliente. Y sentí el ritmo. *Tu-dum. Tu-dum.* Era el pulso de mi nuevo capítulo. Hundí los dedos en el moretón hasta que se me oscureció la vista, y solo pensaba en una cosa: «Él está viendo esto». En ese momento dejé de ser una mujer. Me convertí en un manuscrito.

Dio un paso hacia el borde mismo del escenario.

—Y el accidente... Gray gritaba. Intentaba girar el volante, su rostro estaba desencajado por ese miedo patético. Y yo miraba por la ventana lateral. El metal empezó a gemir, a arrugarse como papel. Y en ese segundo en que el mundo se invirtió, lo comprendí: es el final perfecto para él. Tenía que desaparecer para dejar espacio. Sonreía porque la muerte de Gray en mi cabeza sucedió un segundo antes del impacto. Fue el momento más dulce. No me estabas salvando. Solo estabas documentando mi triunfo.

Se calló, con el pecho agitado. El aire en el teatro parecía electrificado.

—¿Estás satisfecho, Observador? —exhaló.

No respondí. Simplemente retrocedí hacia la sombra, volviendo a ser parte del decorado. Quería ver cómo seguía rompiéndose. La caza no ha terminado, Claire. Solo ha pasado a la fase de pura descomposición psicológica.

Capítulo 19. Materialización

Estaba frente a él, en el círculo de luz fría, y sentía como si acabara de arrancarme la caja torácica para depositarla sobre aquellas tablas podridas. Las palabras sobre el accidente, sobre Gray, sobre mi sonrisa en el reflejo del cristal roto, aún vibraban en el aire. Esperaba que él dijera algo: que me juzgara, que se riera o que se desvaneciera.

Pero el Observador guardaba silencio. Su silueta, en el límite de la sombra, parecía tallada en la misma piedra que las paredes de aquel viejo teatro. Olía a sándalo, a lluvia y a algo antiguo, como la sed misma de la creación.

—Te has destripado, Claire —su voz sonó baja, casi tierna, pero en esa ternura había el filo de una navaja—. Pero no han sido más que palabras. Aire. Ahora quiero que veas tu verdad en toda su estatura.

Levantó lentamente la mano con el guante negro y señaló una pesada puerta de roble al fondo, entre los bastidores.

—Ve. Tu borrador lleva tiempo esperando a su autora.

Mis piernas se sentían como de algodón. Cada paso sobre el escenario retumbaba en mis oídos con un golpe seco, como si alguien estuviera clavando estacas en mi cráneo. Pasé por su lado, tan cerca que sentí el calor gélido que emanaba de él. No miré atrás. Empujé la puerta.

Tras el umbral no había caos teatral. Había un silencio que me taponaba los oídos. Respiré y me quedé paralizada.

Ese olor.

Era imposible confundirlo con nada. El olor del papel viejo, de la tostada quemada y del bourbon barato y amargo. Mi olor. El que yo había construido metódicamente en las páginas de mi novela inédita cuando intentaba crear la prisión perfecta para mi protagonista.

Caminé por la alfombra de pelo —sabía que el vello estaría un poco aplastado cerca de la entrada—. Sabía que si miraba a la izquierda vería la estantería donde los lomos de los libros no estaban en orden alfabético, sino por colores: del rojo sangre al gris cadavérico. Tal como lo escribí en la página ochenta y seis.

Todo estaba allí.

La mesa maciza de roble oscuro, el rayón profundo en la esquina que yo misma "causé" con mi cuchillo imaginario hace dos años. La *Remington*, con olor a aceite de máquina. Y aquella lámpara de pantalla polvorienta, que emitía una luz amarillenta y enfermiza en la que cada mota de polvo parecía un pequeño pecado.

Empecé a temblar. No era solo un despacho. Era una prueba materializada. No solo me vigilaba a través del objetivo; se había colado en los rincones más oscuros de mi mente, había robado mis sueños y los había edificado aquí, entre el polvo del teatro.

Me acerqué a la mesa. Sobre ella descansaba una hoja de papel con una esquina doblada.

—Esto no puede ser verdad —susurré al vacío.

—La verdad es aquello en lo que crees cuando escribes —resonó su susurro muy cerca, aunque yo estaba sola en la habitación—. Siéntate, Claire. Tú misma lo deseabas. El punto de enfoque ha sido hallado.

Me dejé caer en la silla. El tapizado crujió de forma familiar bajo mi peso. Abrí el frasco, apenas consciente de lo que hacía. Mis dedos, aún temblorosos tras la confesión, tocaron la pluma. En esta habitación, entre mis propias palabras hechas carne, ya no me sentía una víctima. Me sentía una herramienta.

Sumergí el plumín en la profundidad negra. Una gota se soltó, golpeó el papel, y empecé a escribir. No una novela. A mí misma.

Capítulo 20. Lista de exclusiones

El papel bajo la pluma gemía, se desgarraba, se resistía. No estaba escribiendo: estaba abriendo viejas cicatrices, dejando salir todo lo que se había estancado y empezado a apestar.

Gray. Mi correcto, mi estéril Gray. Un nudo amargo, como bilis sin digerir, se me formó en la garganta. Él sobraba. Era un error en el código. El ruido que me impedía escuchar mi propia oscuridad. Mientras me llevaba de la mano, me sentía como una inválida a la que le han encasquetado una muleta en lugar de enseñarle a caminar. No me amaba a mí: amaba su reflejo en mis ojos cuando yo era "cómoda".

Sumergí la pluma en la tinta con tanta fuerza que las gotas salpicaron mis dedos, metiéndose bajo las uñas. No me importaba.

«Eres un lastre», escribí, y la letra "T" rajó el papel de lado a lado. «Tu bondad me asfixiaba más que cualquier soga. Quería que desaparecieras, que tu voz dejara de sonar en mi cabeza como un sermón infinito».

Pero Gray era solo el principio.

Rostros acudían a mi memoria. La maestra de secundaria que llamaba a mis relatos "fantasía pervertida" y me obligaba a reescribirlos hasta que se volvían insípidos como col hervida. Mi primer editor, que me daba palmaditas en el hombro y decía que "las niñas no deberían escribir sobre sangre".

Escribí sus nombres, y cada palabra olía a sudor viejo y al vino barato de aquel vaso sobre la mesa. Recordé a mi madre. Su eterna decepción, sus manos frías que nunca daban calor, solo evaluaban.

El broche que me dejó no era una herencia, era una marca de hierro candente.

La habitación se volvió sofocante. El aire se estancó, empapado del olor a lana mojada y tinta secándose. Sentí cómo me empezaba a picar la piel en la nuca.

—Escribe, Claire. Táchalos —el susurro del Observador a mi espalda era como el movimiento de una serpiente entre la hierba seca—. ¿Quién más te obligó a callar?

Recordé al vecino que me miraba las piernas con esa codicia nauseabunda que me daba ganas de arrancarme la piel. A la antigua amiga que filtraba mis secretos por una taza de café latte. A todo este maldito Boston, atestado de gente-maniquí.

Escribí hasta que la mano se me entumeció. Mis dedos estaban negros, pegajosos. No estaba simplemente llenando una hoja: estaba pasando factura.

«Gray», volví a él al final de la página. «No hay lugar para ti en el final. Eres un párrafo eliminado».

Me recliné en el respaldo de la silla. Mi respiración era pesada, silbante. La sangre me pulsaba en los oídos. Miré la lista. Decenas de nombres. Decenas de agravios encerrados en celdas de palabras.

Sentí cómo una furia fría y pura se derramaba en mi vientre. No era histeria. Era cirugía.

El Observador se acercó. Su mano de cuero negro se posó sobre la mía, manchada de tinta. Sus dedos eran rígidos, sin vida.

—Has hecho una elección —dijo—. Ahora el texto empezará a editar la realidad. ¿Estás lista para ver cómo desaparecen las palabras que sobran?

Miré el nombre de Gray. Las letras parecían aún húmedas, brillaban bajo la luz amarilla de la lámpara como una herida fresca.

—Sí —exhalé.

En ese mismo instante, en algún lugar profundo del teatro, más allá de mi habitación, algo pesado se desplomó. El sonido fue definitivo. Como un punto al final de una frase.

Capítulo 21. Edición de la realidad

No recordaba cómo había abandonado el «Olympus». Mi memoria se había convertido en una cinta de cine estropeada: rasgada, sobreexpuesta, con manchas de aceite en los bordes. En mi cabeza solo afloraban fragmentos: el sabor del aire helado de Boston cortándome los pulmones como si inhalara vidrio molido, y esa sensación de pesadez pegajosa y viva en mis dedos. El espacio entre aquella habitación con olor a bourbon viejo y el umbral de mi apartamento se transformó en ruido gris. El Observador desapareció en el mismo instante en que puse el punto final en su despacho fantasma. No se despidió. Las sombras simplemente se cerraron a su espalda, devorando su silueta mientras yo caminaba hacia el vacío gélido del pasillo del teatro.

Desperté en mi sala. Eran las cuatro de la mañana. En el apartamento donde llevaba medio año aprendiendo a respirar sin Gray, reinaba un silencio tan denso que oía mi propia sangre golpeando mis sienes: sordo, rítmico, como un metrónomo. Nos habíamos separado hacía tiempo, pero su presencia invisible seguía sintiéndose aquí como un dolor fantasma. Estaba en las perchas vacías, en el orden ideal de las estanterías que él me impuso una vez con su obsesión maníaca por la estructura. Gray era como una gangrena prolongada: incluso cuando el miembro ha sido amputado, sigues sintiendo cómo te pican los dedos inexistentes.

La luz de una farola caía sobre mis manos. No me las había lavado. La tinta se había incrustado en los poros, filtrándose bajo las uñas, convirtiendo mis palmas en el mapa de un continente oscuro y desconocido. Esa suciedad me parecía correcta. La única cosa honesta en este Boston que apestaba a perfume falso y conciencia

limpia. Me acerqué los dedos a la cara. Olían a hierro y a papel viejo. Lamí la yema de mi dedo índice. Amargo. Áspero. Delicioso.

El teléfono sobre la mesa de centro estalló en vibraciones. El sonido fue brusco, como el chirrido de un escalpelo sobre el hueso. El número del hospital.

—¿Diga? —mi voz era seca, ajena, como si hubiera estado gritando contra una almohada, aunque no había pronunciado palabra en toda la noche.

—¿Miss Claire? Habla el médico de guardia del Hospital de Massachusetts. Lo siento mucho... el señor Gray ha fallecido hace diez minutos. Una parada cardíaca repentina. Hicimos todo lo posible, pero sus constantes simplemente se desplomaron.

Lo escuchaba mientras miraba un manchón oscuro en la pared que había dejado mi mano. Sus palabras eran figurantes, una pausa demasiado larga en una frase que yo ya había terminado. "Fallo inexplicable", "estado estable". Para el médico, era una tragedia. Para mí, una corrección técnica. Gray no murió por las secuelas del accidente. Simplemente fue borrado definitivamente de mi realidad. Era un párrafo sobrante, una metáfora que había perdido su sentido. Ahora el Observador lo había hecho por mí. La línea de ese personaje se había vuelto demasiado lánguida para continuar en mi nuevo capítulo. Su envoltura física sencillamente no soportó el peso de la verdad que yo, ayer, había incrustado con un crujido en el papel.

Colgué. En mi pecho no había dolor ni vacío. Solo una ligereza salvaje, casi aterradora. Como si hubieran sacado de mi mochila la piedra que arrastré durante décadas, fingiendo que no pesaba. Lo imaginé allí, en la camilla: frío, correcto, con sus labios perpetuamente apretados. No habría más encuentros casuales en Beacon Street. No habría más llamadas de domingo llenas de reproches ocultos. Soy libre. Lo maté con mi silencio y con su tinta.

Me acerqué al espejo del pasillo. Desde la oscuridad me miraba una mujer a la que no reconocí. ¿Loca? Posiblemente. Pero esa loca, por

primera vez en treinta años, sonreía de verdad. En la mejilla, el rastro oscuro de mis dedos; los ojos brillando febrilmente, como dos pozos negros.

—Eras un lastre, Gray —susurré a mi reflejo—. Eras polvo en mis páginas. Ahora puedo escribir.

Abrí la computadora. La pantalla me cegó con su blancura virginal y burlona. Miraba la página vacía y sentía cómo dentro se revolvía ese mismo animal que el Observador había despertado en mí con su mirada. La lista en mi cabeza empezó a desplegarse sola, como un pergamino de piel humana. Gray era la primera línea. Pero había otros. Oh, había tantos.

Recordé a mi madre. Sus labios siempre apretados y sus manos gélidas que nunca abrazaban, solo ajustaban mi cuello, comprobando si era lo bastante "decente". Recordé al profesor de literatura que ridiculizó mi primer relato ante toda la clase, llamándolo "delirio sucio de una niña enferma". Recordé al vecino del rellano, el señor Henderson, que siempre detenía la mirada en mi pecho y chasqueaba la lengua cuando yo pasaba.

Pero el nombre que sonaba con más fuerza en mi cabeza era el de Lillian Ross. Mi editora. Una mujer con un corte de pelo impecable y el alma calcinada por planes comerciales. Llamaba a mi dolor "marketing fallido". Decía: "Claire, querida, ponle más luz, quita esa fisiología, la gente quiere esperanza, no tus entrañas negras".

—Corrígelo —resonó un susurro tras mi hombro.

No me giré. Sabía que el Observador estaba allí. En el rincón de la habitación, donde la luz de la farola no llegaba al suelo, la sombra era más densa de lo habitual. Olía a sándalo y a tabaco pesado, caro. No se había ido. Solo había cambiado su punto de vista, convirtiendo mi apartamento en su nuevo teatro.

—¿Por dónde empiezo? —exhalé, sintiendo cómo mis dedos buscaban las teclas por instinto.

—Por la que te robó la voz, Claire. Haz de ella tu nuevo borrador.

Empecé a escribir. El sonido de las teclas me parecía demasiado suave, casi mudo comparado con aquel tecleo óseo de la Remington en el teatro. Pero las letras negras en la pantalla tenían la misma potencia de fuego.

«Lillian Ross vive en un mundo donde todo tiene un precio, excepto la verdad», escribí. «Construye su imperio sobre los cadáveres de ideas ajenas. Cree que el fuego se puede domesticar si se encierra en una portada brillante».

Escribí una hora, dos. La locura me cubría por oleadas. Describí su oficina: ese cripta estéril de vidrio y acero en el centro de Boston. Describí cómo el olor de su perfume caro se mezclaba con el olor a chamuscado. Imaginé cómo sus manuscritos impecables, seleccionados por el criterio de "se vende bien", empezaban a arder por los bordes.

Mis dedos volaban sobre el teclado, me mordía los labios hasta sangrar, saboreando su regusto metálico. No era literatura. Era un ritual. Estaba tachando a Lillian de la lista de los vivos, fragmento a fragmento. Describí cómo se derretía el vidrio de su despacho, cómo gritaba la gente atrapada en la trampa de su ambición.

—Más, Claire. Más detalles. Siente el calor —susurraba la voz en mi cabeza.

Vi cómo la tinta de mis manos empezaba a pulsar al ritmo de mi corazón. Estaba en trance. La habitación a mi alrededor desapareció. Solo quedaba Lillian, acorralada en su despacho de lujo, y yo: su juez, su editora, su verdugo.

Cuando salió el sol, Boston tras la ventana no se volvió más claro. Se volvió más transparente. Como si hubiera limpiado una capa de grasa del parabrisas. Me recliné en la silla, respirando con dificultad. En la pantalla había cinco páginas de texto: rabia concentrada, venenosa.

Fui al baño. Abrí el agua fría. Al ver cómo la mugre negra se iba por el desagüe, sentí que con ella se iba el resto de mi humanidad. Pero

bajo las uñas aún quedaba un fino borde oscuro. Mi marca personal. Mi contrato con el Observador.

Capítulo 22. Café fúnebre

Estaba en el baño, mirando mis palmas limpias, cuando llamaron a la puerta. Sin esperar respuesta, Sophie giró la llave en la cerradura; aún conservaba el duplicado. Ese sonido, el roce del metal contra el metal, resonó en mi nuca con un dolor agudo, como si alguien hubiera pasado una aguja por un nervio expuesto.

Sophie irrumpió en el apartamento como una ráfaga de viento húmedo de Boston. Desaliñada, con un ridículo cárdigan rosa, los ojos rojos y el rímel corrido. Siempre había sido demasiado ruidosa, llenándolo todo con su presencia. Ahora parecía una muñeca rota a la que le hubieran arrancado las articulaciones.

—¡Claire! Tú... ¿ya lo sabes? —se lanzó hacia mí, envolviéndome en un olor a cigarrillos baratos y a un miedo pegajoso, animal—. El médico me llamó hace una hora. Gray... ya no está. Pasó esta mañana, Claire. El corazón. Simplemente... se detuvo.

Dejé que me abrazara. Su cuerpo temblaba, una vibración menuda y molesta que se me contagiaba, pero yo solo sentía irritación, como ante un insecto pesado enredado en el pelo. Ella olía a sal, a café viejo y a desesperación. Yo, en cambio, olía a jabón, a cloro y a un aroma casi imperceptible de tinta que ahora parecía emanar directamente de mis poros.

—Sí, lo sé. Me llamaron —respondí, zafándome de sus brazos. Mi voz sonó aterradoramente plana, como el sonido de una moneda al caer sobre el azulejo.

—Estás tan pálida... Dios, estás en shock, ¿verdad? Es que aún no lo entiendes —Sophie se secaba las lágrimas con la manga, emborronando los restos de maquillaje—. He traído café. Tenemos que... tenemos que hablar de todo. El funeral, Claire. Sus padres

están en Maine, están aterrados, no saben por dónde empezar. Gray te amó hasta su último aliento, tú lo sabes...

Fuimos a la cocina. Esa cocina pequeña y estéril donde Gray me enseñó una vez a preparar el expreso "correcto". Sophie se movía de un lado a otro, golpeando las tazas; sus movimientos eran espasmódicos, caóticos. Derramó azúcar sobre la encimera; los granos blancos se dispersaron como vidrio molido. Me senté en la silla y vi cómo un rayo de sol saltaba sobre sus dedos temblorosos.

—Gray querría algo discreto —sollozó, tendiéndome una taza—. ¿Recuerdas cómo odiaba la pompa? ¿Recuerdas aquel viaje a Cape Cod, cuando perdió las llaves del auto y nos pasamos la noche riendo en la playa? Claire, hay que elegir la iglesia. Hay que decidir con qué enterrarlo... ¿Su traje gris favorito? ¿El que le regalaste por vuestro aniversario?

Le di un sorbo al café. Estaba amargo, hirviendo, pero no sentí el sabor. En mi cabeza seguía sonando el tecleo pesado y óseo de la máquina de escribir. Los recuerdos con los que Sophie intentaba alimentarme me parecían fotografías descoloridas encontradas en un cubo de basura. No tenían nada que ver conmigo.

—No lo recuerdo, Sophie —corté—. Eso no fue escrito por mí.

Se quedó paralizada con la cuchara en la mano. Sus ojos, hinchados y rojos, se agrandaron. Me miraba como si yo hablara un idioma muerto.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es eso de "escrito"? ¡Es la vida, Claire! ¡Tu vida! ¡Tu hombre ha muerto! —Sophie estalló en un grito, y su voz rebotó contra los azulejos—. Te portas como si te hubieran borrado la memoria. Tenemos que ir a la morgue, hay que recoger sus cosas, hay que...

—Hay que seguir adelante —dejé la taza sobre la mesa. El sonido fue demasiado fuerte, definitivo—. Gray era un lastre. Era un personaje secundario que alargaba el final. Su muerte no es una tragedia, Sophie. Es una edición. Ahora la página está limpia.

Sophie retrocedió hasta chocar con la nevera. Me miraba con esa expresión con la que se mira a un depredador que de pronto habla con voz humana. Terror puro, sin mezclar.

—Te has vuelto loca... Estás loca de dolor —susurró—. Esas tonterías tuyas... esos libros te han secado el cerebro. ¡Claire, reacciona! Tenemos que organizar la despedida. Vendrá gente. Colegas, amigos. ¿Qué les voy a decir? ¿Que consideras su muerte un "párrafo afortunado"?

Me levanté lentamente. En ese momento, mi teléfono, apoyado en la mesa junto al azúcar derramado, vibró. La pantalla se iluminó en naranja: una notificación de emergencia. «Incendio en la editorial Ross & Partners. Centro de la ciudad bloqueado».

Tomé el teléfono. La vibración en mi palma se sentía como el ronroneo satisfecho de una fiera que por fin huele la sangre. Lillian. Mi segunda corrección. Mi segundo párrafo tachado.

—¿Claire? ¿Qué pasa? ¿Más noticias? —Sophie se acercó, intentando mirar la pantalla—. Claire, escúchame, vamos a llamar a un médico, necesitas un sedante...

La miré. Sophie era parte de aquel mundo viejo. El mundo donde la gente llora sobre los ataúdes, elige trajes para los difuntos y prepara café para acallar el vacío. Ella era un detalle sobrante en mi nueva habitación ideal.

—Tengo que irme —dije, dirigiéndome a la puerta.

No me cambié de ropa. Llevaba la misma con la que pasé la noche en el teatro. Aún conservaba el olor del Observador mezclado con el de mi propio sudor y locura.

—¿Irte? ¡¿A dónde?! —Sophie gritó, agarrándome del codo. Sus dedos estaban pegajosos por el azúcar—. ¿Y qué pasa con Gray? ¡No hemos terminado de hablar! ¡Claire, el funeral es en tres días, hay que encargar flores, hay que llamar a su madre! ¡No puedes irte así cuando a tu exmarido lo están llevando a un frigorífico!

Me detuve en el umbral y me giré lentamente. Miré su barbilla temblorosa, su cárdigan húmedo, todo ese pequeño y ajetreado drama humano.

—Sabes, Sophie... —sonreí, y esa sonrisa fue más fría que el hielo de la morgue a la que ella tanto ansiaba ir—. A Gray ya le da igual. Los muertos no leen necrológicas. No necesitan trajes. Solo necesitan una cosa: que los olviden.

Me solté de un tirón y salí, dando un portazo. Sophie se quedó allí, en mi cocina, entre el azúcar derramado y el café enfriándose, llorando por lo que yo ya había tachado de mi manuscrito hace tiempo.

Capítulo 23. El olor de una voz calcinada

El taxi no pudo acercarse ni a dos manzanas. El centro de Boston se asfixiaba. Las calles estaban atascadas de autos, sirenas aullantes y personas que corrían en dirección opuesta al fuego, apretando pañuelos contra sus rostros. Salí del vehículo, arrojé un billete arrugado sobre el asiento y no esperé el cambio. El aire aquí ya era distinto. Vibraba. Era espeso como la melaza y sabía a neumático quemado, cuero caro y papel viejo y reseco.

Caminé a contracorriente. La multitud me rodeaba como un río rodea a una roca gris y fría. Los rostros de la gente eran manchas borrosas: miedo, curiosidad absurda, estupidez animal. No entendían que estaba ocurriendo algo sagrado. Ellos veían una tragedia, daños materiales, pagos de seguros. Yo veía una composición impecable. Veía cómo las llamas corregían los errores de Lillian Ross.

Cuanto más me acercaba al edificio de la editorial, más nítido era el sonido. No era solo el crepitar de las llamas. Era un rugido, profundo y visceral, como si el propio edificio de «Ross & Partners» gritara antes de convertirse definitivamente en ceniza. La fachada de cristal, que Lillian tanto amaba por su «transparencia y honestidad», ahora escupía largas y depredadoras lenguas de fuego anaranjado. El cristal estallaba con un tintineo seco y noble, parecido a los aplausos de un público invisible.

Las cintas policiales cortaban la acera con cicatrices de un amarillo venenoso. Me detuve justo en el borde del cordón. El calor me golpeó la cara, chamuscando mis pestañas, pero no retrocedí. Al contrario, respiré hondo, absorbiendo ese aire incandescente. Era *mi* olor. Mi caligrafía.

Olía al plástico quemado de los divisores de oficina, al humo agrio de los archivos destruidos y —lo más dulce— a libros ardiendo. Vi cómo de las ventanas del piso superior salían volando copos negros. Miles de páginas. Millones de palabras que Lillian consideró «adecuadas para el mercado». Ahora se habían convertido en lo que realmente eran: energía pura de destrucción. La ceniza giraba en el cielo como confeti fúnebre en una boda del diablo. Un fragmento, aún caliente, aterrizó en mi hombro. Lo tomé con cuidado con los dedos. Era un pedazo de página. Las letras se encogían, transformándose en polvo ante mis ojos.

—Lo has redactado con demasiado detalle, Claire —el susurro surgió tras mi espalda, superponiéndose al aullido de las sirenas y los gritos de los bomberos.

No me sobresalté. No necesitaba girarme para saber que él estaba allí. Su presencia se sentía como una hoja de hielo presionada contra mi columna, neutralizando de forma extraña el calor del incendio.

—Ella quería que mis textos «encendieran» a la gente —sonreí, sin apartar la vista del techo que se derrumbaba—. Solo seguí su consejo.

En ese momento, los paramédicos salieron del edificio empujando una camilla. La multitud jadeó y se inclinó hacia adelante, pero yo permanecí inmóvil. Vi la figura bajo la máscara de oxígeno. El impecable corte de pelo de Lillian Ross se había convertido en una estopa quemada y pegajosa. Su piel parecía pergamino que hubiera estado demasiado tiempo sobre una lámpara. Estaba viva, pero sus ojos, muy abiertos y llenos de una locura primitiva e inconsciente, se movían de un lado a otro.

Me vio. Entre cientos de rostros, su mirada se enganchó precisamente en la mía. Por una fracción de segundo, me pareció que lo entendió todo. Que en esas pupilas no se reflejaba el dolor de las quemaduras, sino la comprensión de que su vida acababa de ser editada por alguien a quien ella consideraba su esclava.

Una convulsión de placer recorrió mi cuerpo. Fue más agudo que cualquier contacto físico, más puro que cualquier alegría humana. Vi cómo se la llevaban en la ambulancia y sentí cómo dentro de mí se cerraba otra carpeta pesada. Capítulo terminado. Resistencia suprimida.

—¿Sientes ese poder? —el Observador se acercó del todo. Su mano con el guante negro se posó en mi zona lumbar y una corriente fría se derramó por mi cuerpo—. Ahora la ciudad es tu papel, Claire. Cada calle es una línea. Cada vida no es más que una palabra que se puede tachar si estropea el ritmo.

Miré mis manos. Contra el resplandor anaranjado del incendio, parecían negras, ajenas. Bajo las uñas aún estaba aquella suciedad del «Olympus». Mi marca.

—¿Quién es el siguiente? —pregunté. Mi voz era baja, pero se impuso al estruendo de la catástrofe.

El Observador se inclinó hacia mi oído. Su aliento olía a sándalo y a vacío—. No tengas prisa. Disfruta del silencio que has creado. Hoy has borrado a dos. Gray y Lillian... Ya no hacen ruido en tu cabeza. ¿No es eso lo que querías?

Cerré los ojos. El estruendo de Boston empezó a alejarse. Solo quedó mi respiración y su mano en mi espalda. Tenía razón. Por primera vez en años, mi cabeza estaba en silencio. Nadie me daba lecciones, nadie exigía correcciones, nadie pedía que «fuera normal».

Nos dimos la vuelta y nos alejamos del incendio. No miré atrás hacia los gritos. Mi mundo pasado terminaba de arder a mi espalda, convirtiéndose en un montón informe de basura.

Capítulo 24. Piel y Tinta

La mañana en Boston era gris como la ceniza vieja. Desperté sintiendo que el silencio en el apartamento se había vuelto casi tangible: pesado, presionando mi caja torácica como si alguien hubiera llenado las habitaciones con plomo líquido. Sophie se había ido, dejando tras de sí solo una mancha pegajosa de azúcar en la mesa y un olor estancado a duelo barato y llorón. Me sentía sucia. No con esa suciedad que se quita con jabón, sino con algo más profundo. La tinta con la que había «tachado» a Gray y a Lillian parecía haberse filtrado por mis poros hasta depositarse en mis huesos como un sedimento negro.

Me levanté, evitando el espejo. Necesitaba lavar esta ciudad, este azúcar, esta falsa compasión. Entré al baño sin encender la luz. Boston aullaba con las corrientes de aire tras la ventana, pero aquí, tras la puerta cerrada, reinaba el vacío. Me desvestí con movimientos viscosos, lentos, soltando la ropa como una piel vieja y desgastada. En la oscuridad, mis brazos parecían destellos blancos. No encendí el agua caliente. Giré el grifo al máximo hacia la izquierda y el chorro helado colisionó contra el azulejo con el sonido de perlas rompiéndose. Entré bajo esas agujas de hielo, dejando que el frío desplazara todos los pensamientos.

No había vapor. Pero de pronto el aire se volvió denso. Sentí su presencia en mi espalda. No abrió la puerta. Simplemente se materializó desde las sombras. Sus manos se posaron en mis hombros: el cuero mojado de los guantes contra mi piel febril. Me estremecí, pero no me aparté. Empezó a acariciarme lentamente; sus dedos trazaban mis omóplatos, descendiendo hacia la columna. No era un ataque. Era un reconocimiento.

Bajé los brazos lentamente. Mis dedos, entumecidos por el agua helada, se deslizaron hacia atrás, buscando la cintura de sus pantalones. Sentía la tela gruesa y el metal frío de la hebilla. Lo ayudé; mis dedos actuaron con seguridad, desabrochando el cinturón y bajando la prenda por sus muslos. Me colé bajo la fina capa de la ropa interior y mi palma se quemó instantáneamente contra su miembro. Estaba duro, caliente, pulsando con vida: el único objeto vivo en aquella ducha de hielo. Lo rodeé con mis dedos, sintiendo la tensión de la piel en el glande, estudiando cada milímetro de su carne, sintiendo cómo su líquido preseminal lubricaba mis palmas. Era enorme, pesado, y esa pesadez me llenaba de un éxtasis primitivo.

Se arrodilló allí mismo, bajo los chorros helados. Sentí su aliento caliente en mi entrepierna: la única fuente de calor en aquel infierno. Sus manos, aún envueltas en cuero negro, separaron mis glúteos con firmeza, exponiéndome al agua helada y a su mirada hambrienta. Cuando su lengua tocó mi clítoris, olvidé cómo respirar. Fue un contraste que casi me hizo perder el conocimiento: agua helada en los hombros y una ternura húmeda y abrasadora abajo. Su lengua se movía metódicamente, presionando la cabeza del clítoris, penetrando más profundo en la vagina. Me estudiaba, saboreando mi flujo mezclado con las gotas de agua. Mis rodillas flaquearon y clavé los dedos en su pelo mojado, sintiendo cómo todo dentro de mí se contraía en una anticipación dolorosa.

Luego se puso en pie. Con un movimiento fluido me tomó por los muslos, levantándome del suelo. Rodeé su cintura con las piernas, apretando todo mi cuerpo contra su pecho, sintiendo los botones de su camisa clavándose en mis pezones. Yo misma guié su miembro hacia mi vagina. No fue un golpe. Fue una absorción lenta, consciente. Sentí cómo el glande separaba mis labios, cómo entraba en mí hasta el fondo, llenando todo el espacio interior. Sentía cada movimiento de su verga dentro, cómo estiraba mis paredes, cómo su escroto golpeaba mi entrepierna. Nos movíamos con el ritmo roto del agua que caía. Sentía su piel, sus músculos, su fuerza, que se trasvasaba a mí con cada embestida.

Terminamos juntos. Una convulsión contrajo mis músculos; sentía cómo mis paredes apretaban rítmicamente su miembro mientras él se derramaba en mí con espasmos calientes de semen. No fue solo un orgasmo; fue una descarga eléctrica que nos atravesó a ambos. Apoyé la cara en su hombro, inhalando el olor a lana mojada y sándalo, mientras el mundo alrededor recuperaba lentamente sus contornos.

Me bajó despacio al suelo. Sus dedos con el guante negro tocaron mi barbilla, obligándome a mirarlo. —Tu borrador ha terminado, Claire —susurró, y su voz fue más tenue que el susurro del agua—. Ahora tú eres la pluma en mis manos. Escribe de tal forma que la ciudad se ahogue.

Desapareció tan repentinamente como había aparecido. Me quedé de pie bajo la ducha helada. El agua lavaba los restos de su calor y el semen que bajaba por mis muslos, pero por dentro me sentía renacida. La Claire que despertó por la mañana había muerto. Ahora había una entidad cuya sangre estaba mezclada con tinta y frío. Cerré el grifo y salí del baño, sintiendo cómo al otro lado de la pared Henderson se quedaba inmóvil, aterrado por mi nuevo silencio.

Capítulo 25. El sedimento

Estaba sentada en el suelo de la sala, apoyando la espalda contra la madera fría del marco de la puerta. Tenía el cabello aún húmedo, pesado; se me pegaba al cuello provocándome picazón. En el apartamento reinaba ese silencio muerto que ocurre cuando desenchufas un aparato viejo y zumbante. Ya no había ruido en mi cabeza. Ni Lillian con su eterno «necesitamos más nervio, Claire».

Me miré las piernas. En la cara interna de los muslos había aparecido un enrojecimiento: huellas de su ropa, de su agarre rudo, de su peso. Pasé los dedos por esas manchas. Dolía de forma sorda, profunda, pero ese dolor era lo único que me ataba a la realidad. Todo lo demás —los muebles, las paredes, las facturas desparramadas sobre la mesa— parecían decorados de un teatro cerrado por cuarentena hace mucho tiempo.

Bajo la puerta de entrada corría una corriente de aire. Con ella, se filtraba en el apartamento el olor del rellano: aceite rancio de la cocina de Henderson, olor a yeso húmedo y algo dulzón y podrido; así huele la basura que los vecinos olvidan sacar a tiempo. Antes, ese olor me provocaba náuseas. Ahora era simplemente un epíteto desafortunado. Una palabra sobrante que el autor olvidó tachar en la versión final.

El teléfono sobre la mesa cobró vida. La pantalla se iluminó, cortando la penumbra de la cocina. Un mensaje de Sophie. Solo vi el principio: «¡Claire, responde! ¿Es verdad? Dicen en las noticias lo del incendio...».

No me moví. Los pensamientos se movían en mi cabeza lentamente, como peces negros y gordos en agua turbia. Necesitaba tiempo para reconstruirme. Me levanté, sintiendo un dolor en la zona lumbar y

esa sensación pegajosa entre las piernas: el recordatorio de lo que el Observador había dejado en mí. Fui a la cocina y abrí la ventana. Boston irrumpió con la tos ronca de los camiones que pasaban y el olor cáustico del hormigón mojado.

Llamaron a la puerta.

El golpe fue indeciso, suave. La policía no llama así. Así llama quien tiene miedo, pero aun así quiere espiar por la cerradura ajena. Henderson. Me quedé inmóvil, conteniendo el aliento. Sentía su presencia al otro lado de la madera. Oía su respiración entrecortada y silbante de fumador. Estaba allí, con su eterna bata mugrienta que apestaba a sudor viejo y a detergente barato.

—¿Claire? —su voz era fina, temblorosa—. ¿Está en casa? Vi el humo... allí, en el centro...

Me acerqué a la puerta del todo, pero no abrí. Apoyé la frente contra la madera fresca. —Váyase —dije. Mi voz era plana. Sonaba como un punto final clavado con un martillo.

Al otro lado se hizo el silencio. Henderson no se fue. Podía verlo literalmente cambiando el peso de un pie a otro, sus ojos húmedos y siempre inflamados intentando perforar la madera. —Yo solo... ¿pensé que quizás necesitaba ayuda? —balbuceó.

Casi me echo a reír. Ayuda a la persona que acababa de reeditar el destino de toda una editorial con tinta y fuego. —Pronto —susurré tan bajo que solo él pudo captar ese siseo—. Pronto le daré exactamente lo que tanto ha estado esperando.

Se oyeron pasos apresurados tras la puerta. Henderson huyó a su madriguera.

Me di la vuelta y me acerqué al escritorio. La computadora estaba allí, con la pantalla parpadeando en gris en la penumbra. Sobre el teclado, justo encima de las teclas, había un regalo. Un guante de cuero negro. Uno solo. Olía a perro mojado, a pólvora y al frío estancado de un automóvil cerrado. Olor a hierro viejo y a piel de

hombre que ha estado mucho tiempo a la intemperie. Emanaba tal amenaza física que me quedé sin aliento.

Me lo puse en la mano derecha. El cuero estaba apretado, se clavaba en los nudillos hasta que se calentó y envolvió mi mano como una carne ajena y más fuerte. Abrí un archivo vacío. El cursor parpadeaba como el pulso de un moribundo. El sonido de la primera tecla pulsada resonó en el apartamento vacío como un disparo. Cerré los ojos. Empezaron a aflorar imágenes: el cuello mugriento de la bata de Henderson, las migas de tabaco en su barbilla, la forma en que se lame los labios secos mientras se pega a la pared de mi dormitorio.

Mis dedos empezaron a volar sobre los botones. Sin piedad. «*Capítulo 25*. Ruido sobrante. Está tras la pared, y su existencia es un error gramatical en mi vida. Respira demasiado fuerte. Huele a pan atrasado y a soledad. Sus ojos son como manchas turbias en los márgenes que requieren una eliminación inmediata».

Escribía sin mirar el monitor. Sentía al Observador. Estaba en el ritmo mismo del texto. En cada golpe seco del dedo contra el plástico. A través del trabajo, oí un sonido tras la pared. Henderson. Se había acercado de nuevo al tabique. Esperaba oír mi miedo. Pero yo ya había alzado la pluma sobre él. La frontera entre el texto y la realidad se había vuelto tan fina como el papel cebolla.

Guardé el archivo y cerré la tapa de la computadora. En ese momento, volvieron a llamar a la puerta. Esta vez, fuerte, con autoridad.

Me acerqué y miré por la mirilla. No había nadie. Pero abajo, en la alfombra, había un sobre. Abrí la puerta y lo recogí. Dentro no había ninguna carta. Había un duplicado de las llaves del apartamento 4B. El apartamento de Henderson.

En el reverso de la llave había una frase grabada: «Edítalo en persona».

Miré la pared tras la cual se sentaba mi vecino, sin saber que su puerta estaba ahora abierta para mí. La intriga se había completado. Mi coautor me había cedido el derecho a la última palabra.

Capítulo 26. Expiación de la carne

Toda la tarde estuve al borde del colapso. La llave del 4B estaba sobre la mesa de centro y su brillo de acero me parecía una burla. Me acercaba a ella, extendía la mano, pero los dedos se me acalambraban antes de llegar a tocar el metal. En mi cabeza, la escena del asesinato de Henderson estaba redactada de forma impecable, pero aquí, en el silencio de mi sala, yo seguía siendo solo Claire: la mujer que se sobresalta con el crujido de una tabla del suelo. Era una autora que temía a su propio tintero.

Para acallar ese miedo pegajoso y vergonzoso, saqué una botella de whisky del armario. No busqué un vaso. Bebí directamente del cuello, con avidez, sintiendo cómo el líquido abrasador me desgarraba la garganta. El alcohol no trajo alivio, solo hizo mis pensamientos pesados y sucios. Me desplomé en el sofá, mirando las sombras que bailaban en el techo por la luz de una farola.

—Vamos... —grazné al vacío, sintiendo la lengua trabada—. ¿Dónde estás? Tú querías que hiciera esto. ¿Por qué te callas?

El silencio de Boston era asfixiante. El Observador no salía. Su ausencia se sentía como un muro de hielo contra el que me estrellaba una y otra vez. Me sentía abandonada, un instrumento defectuoso que el maestro había desechado por inútil. El despecho y la excitación se mezclaron en un cóctel venenoso. Si él no acudía a mi llamada, lo obligaría a venir.

Fui al dormitorio, tropezando con el borde de la alfombra. La habitación olía a polvos viejos y polvo, pero ese olor fue pronto desplazado por el aroma de mi propio sudor. No encendí la luz. En la oscuridad me desvestí, soltando la ropa como si estuviera impregnada de veneno. Me tumbé en la cama, completamente

desnuda, sintiendo el frescor de las sábanas en la piel. Mi cuerpo ardía por el whisky y la sed. Empecé a acariciarme, deliberadamente ruda, clavándome las uñas en la piel delicada de los muslos, arqueando la espalda. Gemía fuerte, llenando con ese sonido cada grieta de las paredes, sabiendo que él escuchaba. Sabía que no podría mirar mi debilidad eternamente.

Se materializó desde la oscuridad de repente, como si siempre hubiera estado allí, en el rincón junto al armario. Sentí el olor a pólvora y metal frío antes incluso de oír sus pasos. Estaba furioso. Lo vi en la forma en que respiraba con dificultad, en la tensión de sus hombros bajo el abrigo oscuro.

—¿Has decidido jugar a ser una puta porque te da miedo ser una asesina? —su voz sonó como el chasquido de un látigo.

Se acercó a la cama y vi su miembro; ya estaba libre, pesado, cárdeno, pulsando de rabia y deseo. Emanaba un calor que sentía incluso a distancia.

—De rodillas, Claire. Ahora mismo.

Me deslicé al suelo; mis rodillas golpearon dolorosamente la alfombra. Quedé justo frente a él. Su carne estaba delante de mi rostro: enorme, congestionada, con las venas marcadas. Sentía el olor de su excitación mezclado con el frío de su ropa. Me acerqué a él, pero me agarró bruscamente del pelo, enrollándolo en su puño y obligando a mi cabeza a echarse hacia atrás.

—¿Querías mi atención? Ya la tienes —gruñó—. La boca.

Abrí la boca y entró en ella sin ningún preámbulo. Dolía. Su verga llenaba todo el espacio, chocando contra mi paladar, haciendo que mis ojos lagrimearan. No me daba ritmo: simplemente se embestía contra mí, haciendo que mis mandíbulas dolieran. Sentía el sabor salado de su preseminal, sentía cómo el glande tocaba mi garganta, provocándome arcadas espasmódicas. Usaba mi boca como una funda, sin importarle si podía respirar. Mis dedos se clavaron en sus

muslos, intentaba ayudarme, pero él solo apretaba más fuerte mi pelo, sometiéndome a su voluntad.

Cuando se cansó, me levantó de un tirón y me arrojó boca abajo sobre la cama. —A cuatro patas —ordenó cortante.

Me puse en posición, sintiéndome como un animal. Con el trasero en alto, me sentía absolutamente expuesta y vulnerable. No usó lubricante. Me presionó con todo su peso contra el colchón, aplastando mi cuello con una mano mientras con la otra separaba mis nalgas.

—No mereces limpieza —susurró en mi oído.

Sentí el glande de su miembro en mi ano. Presionó lentamente, dejándome sentir cada milímetro de resistencia de mi carne. Y entonces empujó, brusca y profundamente. El dolor fue tan agudo que grité, clavando los dientes en la almohada. Parecía que me estaba partiendo en dos. Pero no se detuvo. Empezó a moverse: con potencia, con embestidas largas que retumbaban en lo más bajo de mi vientre. Mis paredes se estiraban, sentía cómo la piel alrededor del ano ardía.

Era un castigo puro, concentrado. Con cada embestida, sentía cómo salía de mí todo lo humano: mi miedo a Henderson, mi resaca, mi inseguridad. Solo quedaba ese dolor pulsante y su peso encima. Me tomaba como si quisiera dejar una marca en mis huesos. Oía el azote de su carne contra mis nalgas, oía mi propia respiración ronca.

No se detuvo durante mucho tiempo, llevándome a un estado de agotamiento total. Cuando sintió que yo estaba al límite, sacó el miembro de un tirón y volvió a girarme boca arriba, obligándome a sentarme.

—Termina esto —ordenó, volviendo a poner frente a mí su rostro y su miembro erecto.

Volví a tomarlo en mi boca, sintiendo cómo pulsaba, listo para la descarga. Sus movimientos se volvieron rápidos, rotos. Me agarró por la nuca, dirigiendo cada golpe. Y cuando llegó el final, fue como

una explosión. Chorros calientes y espesos de semen golpearon mi garganta, llenándome la boca. Tragaba, sintiendo ese sabor amargo y metálico, mientras él seguía derramándose, golpe tras golpe. Mi cara, mis labios; todo estaba manchado con su simiente.

Se apartó lentamente, mirándome de arriba abajo. Yo estaba de rodillas, respirando con dificultad, con el semen resbalando por mi barbilla. —Ahora estás lista —dijo—. Por la mañana abrirás la puerta del 4B. Y no se te ocurra decepcionarme.

Desapareció en las sombras del dormitorio tan rápido como había aparecido. Me quedé sola en la oscuridad. El escozor en el ano y el sabor de su semen en mi boca eran mis nuevas verdades. Era una autora cuyo borrador había sido escrito sobre su propia piel.

Capítulo 27. Corrección de la carne

No desperté por la luz, sino por un golpe en los nervios. El vaso sobre la mesilla de noche vibraba levemente, marcando un ritmo roto sobre la madera. Al otro lado de la pared, desde el apartamento 4B, retumbaba algo asquerosamente animado: un viejo programa de radio con locutores que carcajeaban; su risa parecía el crujido de ramas secas. La música estaba demasiado fuerte, se atornillaba en mis sienes, raspando los restos de un sueño que ya de por sí había sido fragmentado.

Y entonces llegó el olor.

Un aliento pesado y grisáceo a tocino barato quemado, mezclado con el aroma de fritura vieja y el vaho agrio de un cuerpo sin lavar. Henderson estaba friendo algo otra vez. Ese olor se filtraba por la ventilación, por las grietas de los zócalos; se pegaba a mi cabello y se depositaba en mi lengua con el regusto empalagoso de una existencia ajena y sucia. Por la noche yo había sido una diosa, ungida con simiente y dolor, pero por la mañana Boston me convertía de nuevo en la prisionera de ese chillido porcino tras la pared.

Me senté en la cama. Mi cuerpo respondió con un dolor agudo en la zona lumbar y un escozor en el ano: el suvenir del Observador que yo conservaba con un arrobamiento casi masoquista. No fui a la ducha. Necesitaba esa sensación: su marca, su peso. Me vestí en la penumbra: cuello de cisne negro, tela rugosa de vaqueros. Me movía despacio, saboreando cada micromovimiento. La computadora en la mesa dormía, parpadeando con su pequeño ojo azul. Las líneas de ayer sobre el "ruido sobrante" ahora no me parecían simple texto, sino un plan de evacuación de la realidad.

Tomé las llaves del 4B. El metal estaba frío, pero en mi mano se sentía vivo. Me puse el guante negro. El cuero chirrió, envolviendo mis dedos, apretando mi mano en un puño tenso y depredador. Ahora estaba lista.

En el pasillo, el ruido se volvió insoportable. Henderson tarareaba la radio; su voz, ronca y ahogada por la falta de aire del fumador, vibraba sin dar una sola nota. Introduje la llave en la cerradura. Giro. Clic. La puerta se abrió suavemente, como una boca hospitalaria.

Dentro, el apartamento de Henderson me recibió con un golpe de calor pegajoso. Se sentía el bochorno; las ventanas estaban cubiertas por una tela pesada y polvorienta que no había visto una lavandería en años. En la cocina siseaba la sartén. Henderson estaba de espaldas a mí. Su bata mugrienta, atada con un trozo de cuerda de tender, apenas cubría sus muslos fofos y pálidos, surcados por una red azulada de venas. Bailoteaba, cambiando el peso de un pie a otro de forma ridícula.

En la mesa, mezclados, había platos sucios y —me quedé helada— mis bolsas de basura de ayer. Había estado hurgando en ellas. Mis borradores arrugados, recibos de la farmacia, envoltorios de compresas... lo había dispuesto todo como una colección. Ese viejo no solo me escuchaba a través de la pared; saboreaba mis desechos.

Mi mirada cayó sobre la mesa. Allí, junto al plato, había un cuchillo. Un viejo hachante de cocina con el mango de madera agrietado. La hoja estaba sucia: tenía pegados restos de clara de huevo cruda, una mucosidad amarilla de yema y migas de pan seco. Era el objeto más asqueroso que jamás hubiera visto. Y el más adecuado.

—¿Claire? —se giró al oír el crujido.

Su rostro estaba rojo, poroso; en su barbilla brillaba una gota de grasa. En sus ojos brilló primero el susto, pero luego fue reemplazado por una sonrisa asquerosa y untuosa. Pensó que yo había venido porque me sentía sola.

—Oh, pequeña... al final entraste. ¿Oíste la música? Es una buena canción...

No dejé que terminara. Di un paso adelante y mi mano con el guante negro se cerró sobre el mango del cuchillo. La grasa de la hoja resbaló bajo mis dedos.

—Apaga eso —dije con una voz plana, carente de emoción.

—¿Qué? ¿No te gusta? Ahora mismo...

Se estiró hacia el receptor de radio, exponiendo su cuello flácido y arrugado. En mi cabeza no había gritos. Solo un vacío de hielo. No veía en él a un vecino. Era un error gramatical. Una errata en los márgenes de mi vida.

Golpeé seco, sin tomar impulso. La hoja sucia entró en su garganta justo debajo de la mandíbula. El sonido fue repugnante: un crujido húmedo de carne desgarrada y un borboteo. Henderson se quedó petrificado. Sus ojos se salieron de sus órbitas; intentó inhalar, pero en lugar de aire, de su boca brotó una sangre oscura y espesa, mezclada con trozos de ese mismo desayuno que acababa de masticar.

No solté el mango. Sentía a través del guante cómo vibraba su laringe, cómo la vida se le escapaba en espasmos convulsivos. Me agarró los antebrazos con las manos; sus dedos arañaban el cuero negro del guante, dejando rastros húmedos. Caímos al suelo, volcando una silla. La radio seguía berreando sobre amores eternos mientras la sangre de Henderson inundaba el linóleo, mezclándose con la mugre y el polvo.

Le sostuve la mirada hasta que sus ojos se cubrieron con una película turbia. Su cuerpo se agitó en convulsiones, sus piernas rascaron el suelo frenéticamente, marcando un ritmo roto. La yema del cuchillo se mezcló con su sangre. Era la escena más sucia que jamás hubiera escrito.

De pronto, sentí frío. En el umbral de la cocina había una sombra. El Observador. No ayudaba. Solo estaba allí, apoyado en el marco,

mirando. Su mirada era pesada, físicamente perceptible. Aprobaba mi corrección.

Henderson se quedó quieto. La radio seguía cantando, pero en el apartamento 4B ya no había ruido. El sonido sobrante había sido eliminado.

Me levanté, sintiendo cómo algo cálido resbalaba por mis vaqueros. Mis manos no temblaban. Miré al Observador mientras limpiaba la hoja ensangrentada en los faldones de la bata mugrienta del viejo.

Salí del apartamento, cerrando la puerta con cuidado. En mi casa, lo primero que hice fue abrir la computadora sin quitarme el guante.

«Capítulo 27. Silencio. En la casa ya no huele a chamuscado. La ciudad afuera puede aullar todo lo que quiera, pero en mi texto ahora hay un orden ideal. La errata ha sido corregida».

Capítulo 28. El nudo del Coautor

El último punto del archivo fue colocado con tal fuerza que el dedo enguantado casi atraviesa la tecla. Me recliné en la silla, respirando con dificultad, como si hubiera corrido un maratón. La pantalla me cegaba con su luz blanca y muerta, recortando en la oscuridad de la alcoba la silueta de mis manos. La derecha, enfundada en cuero, depredadora, ajena. La izquierda, desnuda, temblorosa, todavía humana.

Lo sentía a mi espalda. El Observador no se escondía. Su presencia se sentía como la caída de la presión atmosférica antes de una tormenta. Oía su respiración: pausada, pesada, impregnada del frío de la calle.

Extendió la mano sobre mi hombro. Sus dedos, también en cuero negro, rozaron lentamente el cuchillo de cocina que yo había dejado en el borde de la mesa. La hoja, cubierta con la sangre seca de Henderson y la baba amarilla de su desayuno a medio comer, brilló débilmente. Al lado yacía el duplicado de las llaves del 4B.

—Has hecho tu parte, Claire —susurró. Su voz vibraba en algún lugar de mi columna—. Ahora yo haré la mía. Me desharé de este ruido para siempre.

No pregunté "cómo". En aquel momento, creí que simplemente los quemaría o los hundiría en el río Charles. Cerré los ojos cuando sentí que el cuchillo y las llaves desaparecían de la mesa. El roce de la tela de su abrigo, el clic sutil de la puerta al cerrarse... y me quedé sola en un vacío resonante.

La mañana siguiente llegó demasiado rápido. Estaba impregnada de olor a tierra húmeda y a incienso barato. El funeral de Gray.

Yo estaba al borde de la tumba recién cavada en el cementerio de Mount Auburn. A mi alrededor se amontonaban los empleados de la editorial: manchas negras sobre el fondo de un cielo gris. El aire pesaba por la humedad; olía a hojarasca podrida y a arcilla removida.

Lillian estaba en el centro de ese círculo fúnebre, pero daba miedo mirarla. El incendio había dejado su autógrafo en ella, uno que ni el velo negro más caro podía ocultar. El lado izquierdo de su rostro estaba tirante, con una piel rojiza y cerúlea; su oreja se había convertido en un bulto informe y su ojo, constantemente lloroso, miraba el féretro con una inmovilidad aterradora. Respiraba con un silbido gutural que se imponía a la oración del sacerdote. Pero incluso así, deformada y oliendo a ungüentos para quemaduras, emanaba veneno.

Sophie estaba frente a mí. Parecía que el fuego también la hubiera alcanzado, pero desde dentro. Pálida hasta la lividez, con la mirada errante, arrugaba constantemente un pañuelo húmedo en sus manos. Intentó acercarse a mí tres veces, pero yo siempre daba un paso a un lado, escondiéndome tras las espaldas de otros correctores. Su presencia me pinchaba como la barba en la barbilla de Henderson. Ella era el testigo de mi debilidad pasada, y por eso la odiaba.

Cuando bajaron el ataúd, no sentí nada excepto alivio. Gray había sido leído. Fin del capítulo.

La noche me encontró en casa. Estaba sentada en el sillón, mirando la pared. El silencio en el 4B era absoluto. Bebía whisky cuando llamaron a la puerta. Pesado. Tres golpes.

En el umbral estaba el inspector Buckley. Olía a tabaco viejo y café frío.

—¿Puedo pasar? —preguntó, cruzando ya el umbral—. Necesito aclarar un par de detalles sobre su vecino. Henderson.

Lo hice sentar, intentando no mostrar impaciencia. —¿Se ha quejado de algo otra vez? —pregunté, dándole a mi voz un tinte de irritación.

—No, ya no se quejará más —Buckley me miró fijamente—. Lo han encontrado muerto hoy. Un trabajo muy sucio, Claire. Alguien entró y simplemente le degolló en mitad del desayuno. ¿Usted no oyó nada?

Negué con la cabeza, sintiendo cómo por dentro se derramaba un triunfo gélido. —No. Por mi trabajo... suelo estar con auriculares. Pero es terrible. Aunque, francamente, era un hombre extraño. Me acosaba.

—Lo sabemos —Buckley asintió—. Pero aquí está lo raro. Hace un par de horas recibimos una llamada anónima en comisaría. Un hombre. La voz era... como sin vida, mecánica. Informó que vio a una mujer, que encajaba con la descripción de su amiga Sophie, entrando en el apartamento de Henderson con su propia llave esta mañana. Y que salió de allí muy alterada.

Sonreí involuntariamente. ¿Sophie? Mi buena Sophie. — ¿Ella? Oh, no, inspector. El anónimo se equivoca. Sophie no mataría ni a una mosca. A veces es pesada con sus cuidados, pero es... una persona de luz. Mi mejor amiga. Fue la única que me apoyó. Sophie se desmayaría solo con ver sangre. Es buena, leal. Sophie no es capaz de actuar. Ella es espectadora, no autora.

Hablaba con sinceridad, saboreando cada palabra. Quería demostrar cuán lejos estaba ella de este mundo de sombras.

Buckley guardó silencio un largo rato. Su mirada se volvió compasiva. —Es una descripción muy conmovedora, Claire. Lástima que no coincida con los hechos. Tras la llamada, fuimos de inmediato a su casa con una orden. Y encontramos el cuchillo de cocina con la sangre de Henderson escondido tras la cisterna del inodoro. Y el duplicado de las llaves de su apartamento en su bolso. Ahora mismo está en una celda. Jura que le han tendido una trampa, pero la sangre del cuchillo aún no se había secado cuando la encontramos.

El mundo a mi alrededor se detuvo un instante. El whisky del vaso hizo una pequeña onda. El Observador... no solo había plantado las pruebas. Él mismo había guiado a los sabuesos. Había convertido a Sophie en parte de mi historia, transformándola en mi "sicaria".

—¿Sophie? —mi voz se quebró—. Pero eso es... imposible.

—Para el tribunal es más que posible, Claire. Parece que el anónimo no mentía.

Buckley se levantó y se dirigió a la salida. Y yo me quedé allí sentada, comprendiendo que el Observador acababa de tachar a Sophie de mi vida. No solo había matado a Henderson. Me había hecho cómplice de la destrucción de la única persona que me amaba.

Capítulo 29. Esterilización

El camino hasta el centro de detención de Boston duró una eternidad. La ciudad tras la ventanilla del taxi flotaba como una gelatina gris, desdibujada por una lluvia fina que convertía los letreros de neón en manchas de aceite temblorosas. Me miré los dedos: sin el cuero negro me parecían desnudos, casi vergonzosos. Pensaba en que Sophie estaba ahora sentada en una celda, y esa idea no me provocaba ni un remordimiento ni miedo. Solo una curiosidad profesional. Necesitaba ver el final de este capítulo con mis propios ojos. Asegurarme de que mi coautor no hubiera cometido erratas en el guion de su ruina.

Dentro, el edificio olía a miedo rancio, a cloro barato y a cebolla frita. El sonido de mis tacones sobre el azulejo era demasiado retumbante, rítmico —*tac-tac*—, como los golpes de un martillo clavando clavos en la tapa del ataúd de nuestra amistad. El registro, el contacto frío de la guardia, las puertas pesadas, el estruendo de los cerrojos. Fijaba cada sonido en mi memoria. Fragmento. Chirrido. Silencio.

Cuando la sacaron, casi me estremezco. Sophie parecía una hoja de papel que hubiera sido estrujada en un puño durante mucho tiempo. Rostro terroso; bajo los ojos, profundos surcos de sombra; labios agrietados y cubiertos de pequeñas fisuras. Se pegó al cristal con tanta fuerza que su frente dejó una huella húmeda en la superficie. Olía a jabón institucional y a algo agrio.

—Claire... Dios, Claire... —su voz en el altavoz crujía como una cinta de cine vieja—. No me escuchan. Ese cuchillo... ¡te juro que no lo había visto nunca! Lo encontraron tras la cisterna del baño. Y las llaves... ¡Claire, diles que yo estaba en casa!

Me senté despacio, alisando los faldones de mi abrigo. —Tranquila, Sophie. Cálmate. Buckley me contó lo del registro. Mencionó tu diario.

Sophie se quedó petrificada. Sus dedos, clavados en el borde de la mesa, se pusieron blancos. Las uñas estaban rotas hasta la raíz. —¿El diario? Pero... es solo una libreta. Escribía sobre ti. Sobre el miedo que tengo después del incendio en la editorial. Sobre cómo has cambiado...

—Buckley lo leyó de otra forma —la interrumpí con suavidad—. Vio las anotaciones sobre Henderson. Sobre cómo ese viejo borracho te acosaba en el pasillo. Cómo intentaba arrastrarte al 4B cuando venías a verme. ¿Es verdad, Sophie? ¿Por qué no me lo dijiste?

Sollozó y una gota de sudor le resbaló por la sien. —¡No quería cargarte con más cosas! Sí, me acosaba. Una vez me agarró del hombro y me echó el aliento a alcohol en la cara, me propuso «pasar a tomar el té». Pero solo escribí en el diario que lo odiaba. Que quería que nos dejara en paz. ¡Claire, son solo palabras! ¡Todos queremos que alguien desaparezca a veces!

Miré su barbilla temblorosa. Era tan fisiológico. Tan sincero. —Ese es el problema, querida. Tu odio está documentado por tu propia mano. Para Buckley es el móvil ideal. Tenías un motivo, tenías las llaves y encontraron el arma del crimen. Tu diario se ha convertido en tu sentencia.

—No... —Sophie golpeó el cristal con las palmas—. ¡Claire, mírame! ¡Tú me conoces! ¿De verdad crees que yo podría cortarle el cuello a alguien porque me acosara?

Hice una pausa, saboreando el momento. —Creo que la presión a veces es insoportable —mi voz era blanda como el algodón—. Quizás tú misma no te diste cuenta de lo lejos que llegó tu defensa. Buckley dice que un testigo anónimo te vio en su puerta esa noche.

Sophie se escurrió en la silla. En sus ojos ya no había amor, solo el horror de ver que no la estaba salvando. La estaba diseccionando. —

¡Tú... estás sentada ahí mirándome como a una muestra bajo el microscopio! ¡Haz algo!

—Te buscaré al mejor abogado —mentí, poniéndome en pie—. Al más caro. Te sacaremos de aquí. Solo... aguanta.

Apoyé la palma en el cristal. Mis dedos estaban inmóviles. Vi cómo se le escapaba la última esperanza. Cuando caminé hacia la salida, no miré atrás hacia su llanto. Las puertas se cerraron con un sonido seco, un *clac*. El metal pesado cortó su mundo del mío.

Al salir a la calle, respiré hondo el aire húmedo. La sensación era como si finalmente hubiera recortado de un manuscrito un trozo de texto enorme y tedioso. No sentía lástima por Sophie. Sus lágrimas eran "ruido". Ahora, en mi vida, reinaba un silencio ideal.

Subí al taxi, saqué del bolsillo el guante derecho y lo deslicé lentamente sobre mi mano. El cuero envolvió mis dedos con firmeza. La esterilidad se había alcanzado. Ahora estaba lista para escribir de verdad.

Capítulo 30. Coautoría

En el apartamento flotaba un olor pesado, encerrado. Olía a platos sin lavar que había dejado en el fregadero hacía tres días y a la humedad de un grifo que goteaba bajo la bañera. Estos olores eran reales. Una putrefacción doméstica que no intentaba parecer algo elevado. No encendí la luz. La penumbra azul de Boston se arrastraba por la habitación, manchando el alféizar con borrones grises y desiguales.

Fui a la cocina, metí la cabeza bajo el grifo y bebí agua durante mucho tiempo; sabía a óxido y a metal. Estaba tan fría que me dolió la mandíbula. Sophie ya no estaba. No estaba su eterno «Claire, estás pálida», no estaba el sonido gomoso de su chicle ni el roce perpetuo de su chaqueta barata. Me sentía como si hubieran extirpado un trozo enorme de grasa del texto. Era más fácil respirar, aunque en el pecho todavía sentía un tirón, como en el hueco vacío tras una muela arrancada.

Me senté a la mesa. El abrigo me pesaba en los hombros, el cuello me había rozado la piel, pero no me moví. Encendí la computadora. La pantalla parpadeó y me escupió a la cara una luz brusca, iluminando mis manos en la oscuridad: una blanca, con un padrastro desgarrado hasta la sangre cerca del pulgar; la otra, oculta bajo el cuero negro del guante.

Empecé a escribir. Solo hechos. Nada de "embellecimientos". Cómo su saliva burbujeaba en sus labios mientras lloraba en el centro de detención. Cómo le temblaba el tabique nasal. Cómo se frotaba los ojos, restregando el barro y el rímel barato por su cara, convirtiéndose en una mancha ridícula. No era una tragedia. Era un procesamiento de material. Clasificar lo que iría a imprenta y lo que iría a la papelera.

Él apareció sin ruido. En un momento dado, simplemente comprendí que la habitación se había vuelto estrecha y que el aire había dejado de moverse. Una mano se posó en mi hombro derecho. Pesada. El cuero de su guante chirrió secamente cuando apretó los dedos, arrugando la tela gruesa de mi abrigo. Olía a calle y a tabaco barato; ese olor cáustico y penetrante que se queda pegado para siempre en la tapicería de un auto viejo y fumador. El olor real de una presencia.

—La has desnudado bien —la voz sonó justo sobre mi oído. Grave, ahumada, con una ronquera apenas perceptible. La vibración de sus cuerdas vocales me erizó el vello de la nuca—. Hasta los huesos.

No me giré. Miré nuestras sombras en la pared: mi silueta, hundida en la silla, y su figura maciza, cerniéndose encima. —Ella sobraba —susurré. Tenía la garganta seca, la lengua se me pegaba al paladar.

—A los que sobran se les tacha, Claire. Ahora ya lo sabes.

Sus dedos se deslizaron lentamente hacia arriba, hacia mi mandíbula, obligándome a levantar la cabeza. Sentía cada costura de su guante, cada irregularidad del cuero. Se inclinó aún más; su pecho rozó mi espalda a través del respaldo de la silla. Oí su respiración: pesada, con un silbido apenas perceptible en lo profundo de la laringe. Una barba corta y dura me rozó la oreja.

Extendió la mano hacia adelante, cubriendo mi palma derecha con la suya. Nos quedamos inmóviles en esa posición. Dos autores sobre un mismo teclado.

—Ahora puedes escribir la verdad —exhaló.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, sintiendo contra mi nuca la tela rígida y fría de su chaqueta. Nada de miedo. Solo la comprensión de que ya no estaba sola en esta locura. Mi pulso empezó a latir al unísono con su ritmo pesado y pausado, que yo sentía contra mis omóplatos.

—Te veo, Claire

Capítulo 31. Inventario de sombras

La luz azulada y mortecina de la computadora cortaba la oscuridad de mi sala, convirtiendo nuestros rostros en máscaras pálidas y estáticas. Estábamos tan cerca que sentía el calor que emanaba de su cuerpo macizo. Ya no había deseo de huir o gritar. El miedo se había consumido, dejando tras de sí solo ceniza gris y una curiosidad extenuante, casi dolorosa. Le miré directamente a los ojos: profundos como pozos en los que se ahogaba mi propio reflejo. En la habitación olía a suelo sin lavar, a agua oxidada del grifo y a sus cigarrillos baratos.

—Prometiste respuestas —susurré. Mi voz parecía quebrada en este silencio pesado.

Él, lenta, casi perezosamente, se estiró hacia el cenicero. Sacudió la ceniza con un movimiento corto y preciso y dio una calada, saboreando este momento de triunfo absoluto. Su silencio no era vacío; tenía peso, estaba lleno de poder. El Observador disfrutaba viendo cómo yo, rota y hechizada, esperaba su palabra. —Pregunta, Claire. Hoy soy tu libro abierto. Leeme antes de que la tinta se seque.

Me lamí los labios resecos; ante mis ojos estaba aquella mañana gris en casa de Gray. —La máquina. Aquella mañana Gray estaba conmigo, allí mismo, en la habitación. No subimos, estábamos a un par de metros de la máquina de escribir. El golpe del carro, el impacto de los tipos sobre el papel... es imposible no oírlo, incluso si estás en éxtasis. ¿Cómo hiciste que se callara? ¿Cómo lo hiciste bajo nuestras narices?

El Observador sonrió. En la comisura de su boca se marcó un pliegue duro y profundo. Se inclinó hacia mí y sentí en mi piel su

respiración pesada e irregular. —Error de principiante pensar que la mecanografié en ese momento. Entré en casa de Gray por la noche, Claire. Mientras ambos dormían, sumergidos en su ilusión de seguridad. Mientras Gray tenía sus sueños saciados y tú aún no habías abierto los ojos para empezar el día antes que él, yo ya estaba en su despacho.

Dio otra calada y la punta del cigarrillo brilló con un rojo intenso. —Escribí la palabra «PREDICTABLE» de antemano, al final de la hoja, y la encajé de modo que quedara oculta en las entrañas del rodillo, bajo los rodillos de presión. Conocía a Gray. Conocía su irascibilidad, esa furia predecible de carnero. Calculé que, tarde o temprano, esa máquina volaría al suelo. Y cuando él, en un arrebato, la golpeó, el cierre del carro se soltó, el rodillo giró bajo su propio peso y la palabra simplemente «saltó» fuera. Estaba esperando su hora, agazapada en el vientre negro del hierro. Estaban a un par de metros, sí. Pero el final estaba escrito horas antes de que se soltaran del abrazo.

Miré mis manos. La piel de las yemas de mis dedos aún me dolía, recordándome aquella humillación. —Gray las frotaba... casi me arranca la piel, hasta sangrar, intentando lavar esa tinta. Pero las manchas no se iban, solo se volvían más brillantes, más negras. ¿Por qué?

—La química es magia para los que no están acostumbrados a pensar —se acercó aún más, de modo que sentí la costura rugosa de su guante en mi pómulo—. Nitrato de plata. Vertí esa solución en la cinta de la máquina esa misma noche. Es transparente cuando toca la piel. Pero al contacto con el aire, la luz y —lo más importante — por la fricción, empieza a oscurecerse de forma irreversible. Gray, en su ciego y patético deseo de «limpiarte», solo hincaba ese tinte más profundo en tus poros. Cuanto más frotaba, más negra se volvía tu culpa. Fue hermoso, Claire. Una verdadera metáfora congelada en tu piel.

Cerré los ojos y al instante me golpeó el aroma fantasma de los jacintos. Ese olor asfixiante y dulce del coche de Gray. —Los

jacintos. Sabías que era el olor de mi madre. ¿Cómo tuviste tiempo de preparar el coche?

—Lo sé todo sobre ti, Claire. Los jacintos eran tu detonante. Mientras dormían esa noche, inyecté un potente concentrado en el sistema de ventilación de su automóvil. Gray puede ser un experto en seguridad, pero yo soy un genio de los sistemas. Inserté un transmisor en el puerto de diagnóstico (OBD-II) y reprogramé su sistema multimedia. Vi cada maniobra suya en el navegador. El accidente fue cuestión de técnica. Cuando se pusieron en marcha y él encendió el aire, tu pasado te golpeó literalmente en la nariz. Necesitabas despertar.

Me toqué el cuello, donde antes colgaba el broche de mi madre. —El broche... pensé que lo había perdido en el funeral.

—No lo perdiste. Lo cogí yo cuando estabas junto al ataúd. Estabas en un trance de dolor tan profundo que no sentiste que pasé pegado a ti. Lo guardé como un trofeo. Necesitaba devolvértelo en el momento menos oportuno para destruir tu frágil equilibrio. Es *gaslighting* clásico, Claire. Como las cartas de tu madre. Las robé del almacén y eché un trozo a la chimenea de Gray esa misma noche, mientras dormían. Quería que el veneno de la sospecha corroyera su relación desde dentro.

Se calló, mirándome directamente a las pupilas. En su mirada había el frío narcisismo de un creador. —Cada una de mis acciones, Claire, estaba dirigida a limpiar tu mundo de ruido. Henderson, Gray, Sophie... eran signos de puntuación sobrantes en tu biografía. Simplemente los borré.

Su mano se levantó lentamente y tocó mi mandíbula. El cuero rugoso del guante estaba frío, olía a lluvia y a metal. —Ahora lo sabes todo. Y ahora podemos escribir el final juntos. Sin intermediarios.

Miré nuestros reflejos en el cristal negro de la ventana de mi apartamento. Ya no éramos enemigos. Éramos coautores de una

misma locura. —Ahora lo sé todo —susurré, cubriendo su mano con la mía.

Capítulo 32. Punto de no retorno

La tiniebla en el apartamento 4A era tan densa que se podía cortar con un cuchillo. La luz azul de la computadora se apagó, y ahora el único punto de referencia en ese vacío de tinta era la brasa naranja de su cigarrillo. Oía su respiración: pesada, con un silbido ronco y apenas perceptible en lo profundo de los pulmones. El olor de su chaqueta corta, impregnada de lluvia, asfalto mojado y tabaco cáustico, llenó todo el espacio, desplazando el oxígeno restante. En la habitación olía a hierro oxidado y a un final inminente.

Me acerqué a él, casi tocando su pecho con el mío. Mis dedos temblaban cuando palpé el metal frío de la cremallera de su chaqueta. —¿Entonces esto es todo? —mi voz se quebró, convertida en un susurro apenas audible—. ¿Solo vas a recoger tus trucos, apagar los monitores y desaparecer en la niebla?

—He hecho de ti una autora, Claire —su voz sonó como el impacto de un tipo de acero contra el papel. Grave, vibrando en mis huesos —. He quemado en ti todo lo que sobraba. Ahora los intermediarios no son necesarios. Ni siquiera yo. Tú misma eres tu trama principal.

Me interceptó las muñecas antes de que pudiera bajar el cierre. Sus palmas estaban abrasadoramente calientes, la piel seca, rugosa, con restos de pólvora y aceite de motor. Con un movimiento brusco, casi rudo, me giró de espaldas a él y me presionó con fuerza contra el escritorio. El borde frío de la madera barnizada se clavó al instante en mis muslos, haciéndome soltar un grito de sorpresa. Sentí contra mi nuca su barba: punzante, dura, con olor a metal y lluvia. Su mano, con el cuero negro del guante, se deslizó lentamente por mi cuello; sus dedos presionaron con seguridad la carótida, provocando destellos de luz ante mis ojos cerrados. El roce del cuero contra mi piel provocó un espasmo doloroso en lo más bajo de mi vientre.

—Mira por la ventana, Claire. ¿Ves tu reflejo en el cristal negro? —susurró en mi oído, quemando mi piel con su aliento—. ¿Ves a esa mujer? Nunca ha estado tan viva como ahora, al borde de su propia destrucción.

Su otra mano desgarró el dobladillo de mi vestido de seda hacia arriba. El estrépito de la tela rompiéndose sonó en el silencio como un disparo. No tuvo miramientos, no buscó botones: estaba destruyendo barreras. Sus dedos irrumpieron bajo el encaje de mi lencería, estrujando la carne con tal fuerza que sollocé, arqueando la espalda. Cuando su palma desnuda, cubierta de callos, cubrió mi entrepierna, sentí que la realidad se desmoronaba definitivamente. Presionó con la base de la palma sobre el clítoris, realizando movimientos circulares y pesados, haciéndome jadear ante la repentina afluencia de sangre.

No entró. En su lugar, se arrodilló lentamente allí mismo, al borde de la mesa. Sus manos separaron mis rodillas con dureza. Me aferré al borde de la madera con tal fuerza que mis nudillos se pusieron blancos. Cuando su lengua caliente y húmeda tocó mis labios vaginales, estuve a punto de caer al suelo. Actuaba con avidez, casi con furia, explorando cada milímetro de mi mucosa. Penetraba con la lengua profundamente, recogiendo todo mi flujo como si fuera el néctar de su propia victoria. Era su confesión: me bebía, ahogándose en mi deseo, reconociendo mi poder absoluto sobre su locura.

—Tu coño sabe a miedo mezclado con deseo purísimo —graznó, levantando la mirada hacia mí. Sus ojos en la oscuridad parecían dos huecos sin fondo—. Bebe esta consciencia, Claire. Absorbela por cada poro. Ahora yo soy tu creación. Conviértete en mi dueña.

Se levantó, despojándose de la ropa de un tirón. Bajo la tenue luz de una farola vi su cuerpo: fibroso, cubierto de cicatrices, poderoso. Y su miembro: enorme, cárdeno, tenso al límite, con las venas hinchadas, pulsando al compás de su corazón acelerado. Me empujó sobre la cama, abrió mis piernas hasta que me crujieron las articulaciones y situó el glande en la entrada misma, húmeda por su

saliva y mis jugos. —Suplícame —ordenó, pasando lentamente su carne por mi clítoris, extendiendo la humedad, llevándome al frenesí —. Di que necesitas este final. Aquí mismo. Ahora mismo.

—Sí... por favor... ¡fóllame! —ya no reconocía mi propia voz; era una voz rota y ajena.

Entró con potencia, con un movimiento demoledor, estirando mis paredes de modo que sentía cada vaso sanguíneo. Grité, echando la cabeza hacia atrás, cuando chocó contra el cuello del útero. No era sexo, era la destrucción de la vieja Claire.

Follamos toda la noche, convirtiendo el dormitorio en la escena de un crimen contra la moral. El aire se volvió pegajoso y salado. Yo estaba sentada encima de él, mis muslos ardían por la fricción constante y mis rodillas dolían. Clavaba las uñas en su pecho, dejando surcos rojos profundos en la piel. Sus manos atormentaban mis pezones, apretándolos entre sus dedos hasta el dolor agudo. —¡Mírame! —gemía él, agarrándome del pelo—. No te atrevas a cerrar los ojos. Quiero ver cómo te rompes bajo mi peso. Cómo sale de ti todo lo que escondías tras las palabras.

Me giró boca abajo de un tirón. Con una mano me agarró bruscamente el pelo, enrollándolo en su puño y tirando de mi cabeza hacia atrás con tanta fuerza que veía el techo. Con la otra mano separó mis nalgas, exponiendo mi profundidad al aire frío de la noche. —¿Quieres saber cómo es un final de verdad? Sucio, húmedo y despiadado. Entró por detrás con una embestida implacable, sacándome el oxígeno restante. El flujo chapoteaba entre nuestros cuerpos: una mezcla pegajosa de mi lubricación, su sudor y una pasión primitiva.

—Más... —graznaba yo contra la almohada—. Fóllame más fuerte... ¡hazme polvo! —Ya te he borrado, Claire —golpeó aún más profundo, hasta el fondo mismo de mi alma—. Solo queda esta carne. Solo este sonido. Solo tú y yo.

Sentía el sabor de la sal en su piel cuando me retorcía y le mordía el hombro, deseando dejar mis marcas en él. Cambiamos de postura

decenas de veces, obsesionados con la idea de exprimirnos el uno al otro hasta la última gota. Éramos como dos fieras devorándose antes del amanecer. Cuando sentí que el final estaba cerca, mi vagina empezó a pulsar espasmódicamente a su alrededor con un agarre de muerte, intentando mantenerlo dentro para siempre. —¡Vamos, Claire! ¡Rómpete! —rugió, y sus embestidas se volvieron cortas, rápidas, convirtiéndose en una vibración insoportable.

Me elevé en una ola de éxtasis monstruoso. Todo dentro estallaba en millones de chispas cegadoras. En ese mismo instante, él emitió un sonido gutural, animal, y se quedó petrificado, hundiéndose en mí con todo su peso masivo. Sentí cómo los chorros calientes y espesos de su semen golpeaban mi útero, llenándolo hasta los bordes, abrasando, obligando a mis músculos internos a contraerse en una última y extenuante danza. Fue una eyaculación larga y atormentada que puso el punto final a nuestra historia.

No desperté por el sonido de una puerta al cerrarse ni por el frío, sino por un silencio ensordecedor. El sol de Boston aún no había salido, el cielo tras la ventana estaba cubierto por un velo turbio y nacarado, pero en la habitación ya no había esa oscuridad opresiva en la que nos habíamos ahogado toda la noche.

La cama estaba vacía. Su lado aún conservaba el hueco de su cuerpo pesado; las sábanas estaban arrugadas y empapadas con el olor del sexo. Me giré boca arriba, sintiendo cada músculo. El cuerpo me dolía: un dolor honesto y agotador que me recordaba lo profundo que había entrado, la ferocidad con la que había intentado destripar mi esencia. Pero no me destruyó. Simplemente me quitó una capa de piel vieja y muerta.

Entre los muslos sentía un calor pegajoso: su semen salía lentamente de mí. No fui a la ducha. Quería conservar esa sensación de plenitud el mayor tiempo posible. Me había dejado su último código, su autógrafo biológico, que ahora formaba parte de mi sistema.

Me levanté. Había una ligereza extraña, casi aterradora, en mi cuerpo. Nada de miedo. Nada de pánico. Me acerqué al espejo del baño y miré durante mucho tiempo a la mujer del reflejo. En el cuello se amoratabán las manchas de sus dedos y su barba dura; los labios estaban hinchados, la mirada se había vuelto seca y afilada como una cuchilla. No era la Claire a la que él empezó a acosar meses atrás. Era Claire, la creadora. La mujer que aceptó las reglas del juego y aprendió a ganar en ellas.

—Gracias por la edición —susurré a mi reflejo, tocando con los dedos la marca de mi clavícula.

Salí a la sala. Sobre la mesa, junto a la computadora cerrada, estaba mi viejo broche: me lo había devuelto, como señal de que la vieja deuda estaba saldada y el círculo cerrado. No lloré. Simplemente me senté a la mesa, desnuda, oliendo a él y a mí misma, y abrí la tapa de la computadora.

La pantalla se iluminó, bañando mi rostro con una luz blanca y fría. Los dedos ya no temblaban. Se detuvieron sobre el teclado, sintiendo el plástico como una prolongación de mis propias terminaciones nerviosas. Conocía cada palabra, cada escena de mi futura novela. La veía entera: desde la primera gota de sudor hasta el último suspiro.

El tecleo rítmico y silencioso cortó el silencio de la mañana.

«Capítulo 1. El Coautor»....

Capítulo 33. Reflejo

Los flashes de las cámaras golpeaban mis ojos con saña, convirtiendo el espacio en una sucesión de fotogramas rotos y de un blanco cegador, pero no parpadeé. Había aprendido a mirar directamente a la luz sin cerrar los ojos, del mismo modo que, durante estos años, aprendí a mirar hacia la oscuridad más densa e impenetrable sin sentir miedo. Bajo mi piel pulsaba una electricidad extraña y gélida: era la sensación de un control absoluto sobre cada músculo, cada pensamiento azaroso, cada gesto. Mis manos, apoyadas inmóviles sobre la cubierta brillante de mi novela, «El Coautor», estaban perfectamente tranquilas. Ni un solo temblor, ni el más mínimo rastro de aquella antigua Claire que alguna vez se escondió aterrada tras los estantes de las bibliotecas, esperando pasar desapercibida.

Hace tres años, yo no era más que una sombra asustada en Boston, una mujer que se sobresaltaba con cada crujido tras la puerta y veía en cada transeúnte a su verdugo potencial. Hoy, cientos de personas en este lujoso salón del hotel «The Plaza», envuelto en terciopelo pesado y oro, contenían el aliento esperando ansiosamente que pronunciara una sola palabra. Sentía físicamente el peso de mi nuevo cuerpo: la espalda, vuelta recta y rígida como una hoja de acero bajo el vestido; la barbilla, levantada con desafío; y una mirada que ya no buscaba compasión, aprobación o salvación. Cada uno de mis movimientos estaba calculado al milímetro, como los de un depredador que sale a una arena inundada por focos para reclamar su presa legítima: su atención, su adoración, su estremecimiento. Ya no era el objeto de las manipulaciones de nadie

ni la patética víctima de un guion ajeno. Me había convertido en el sujeto. En la Autora. En el dios de mi propio mundo imaginario y, a la vez, aterradoramente real.

—Su libro asusta por su veracidad, Claire —dijo una periodista de la primera fila, cuyos ojos brillaban con una mezcla extraña de entusiasmo y un miedo animal, subconsciente, ante lo que se ocultaba tras mis palabras—. ¿Cómo logró describir de forma tan detallada, casi íntima, la psicología del Observador? Lectores de todo el mundo confiesan que, al leer, sienten como si alguien estuviera justo detrás de ellos, respirando en su nuca. ¿Cómo pudo mirar tan profundo en el abismo?

Incliné levemente la cabeza, sintiendo cómo la seda negra y fría del vestido se deslizaba por mis hombros, evocando el recuerdo fantasma de aquellas manos que alguna vez me sostuvieron con la misma firmeza y autoridad. No era un recuerdo de dolor; era un recuerdo de la fuerza que había absorbido.

—Para describir a un monstruo, hay que dejar de temerle. Hay que permitir que crezca dentro de uno mismo, dejar que se meta bajo la piel, en las venas, y darle una voz propia —respondí. Mi voz sonó asombrosamente firme, sin sombra de duda, resonando en el silencio absoluto de la sala—. Mi personaje y yo compartimos una vida, una carne y una verdad para los dos. En este libro no hay ni una gota de ficción. Solo una obsesión documentada, volcada sobre el papel en un acto de liberación definitiva.

La sala estalló en un aplauso que se sintió como una ola física de calor. Era el triunfo con el que sueña cualquier escritor ambicioso, pero para mí no trajo el alivio humano habitual; solo una claridad punzante y cristalina. Firmé ejemplares uno tras otro, mirando los rostros de personas que ansiaban tocar mi oscuridad, sin comprender ingenuamente que esta podía devorarlos por completo. Mi mano se movía mecánicamente, trazando con seguridad un «Con mis mejores deseos, Claire», pero mis pensamientos estaban infinitamente lejos de aquel brillo. Regresaba a aquella mañana gris de Boston, empapada en olor a lluvia, cuando abrí por primera vez

mi computadora sintiendo dentro de mí un vacío gélido que me succionaba el alma. Entonces, necesitaba llenarlo con palabras para no volverme loca ante la conciencia de mi propia insignificancia. Ahora, ese vacío se había convertido en mi armadura, en mi fortaleza personal.

Cuando la parte oficial terminó finalmente y pude refugiarme en el bendito silencio de mi camerino privado, el ruido de la multitud entusiasta tras la puerta se transformó en un zumbido sordo e ininteligible, parecido al rumor lejano del oleaje. Cerré la pesada puerta y apoyé la espalda contra ella, inhalando con avidez el aire fresco purificado por los aires acondicionados. Aquí no había focos cegadores, solo la luz suave y atenuada de las lámparas alrededor del espejo macizo, creando una ilusión de seguridad.

Me acerqué al tocador y arrojé mi pesado bolso sobre la fría superficie de mármol. Mis dedos, obedeciendo a algún instinto antiguo grabado en mi subconsciente, buscaron el cierre. No sabía exactamente qué buscaba, hasta que lo vi. Dentro, sobre los objetos caros, frascos de perfume y llaves, yacía un sobre de papel *kraft*.

Mi corazón no se aceleró. Al contrario, pareció congelarse, convirtiéndose en un trozo de granito frío impecable. Conocía ese sobre incluso antes de tocarlo. Conocía la textura de ese papel al tacto, recordaba su olor. Fue una sorpresa gélida y agradable que, instantáneamente, puso cada cosa de mi vida en su sitio. El mundo, que por un momento me pareció caótico y sin sentido en su triunfo, recuperó su centro rígido y su verdadero significado.

Lo abrí despacio, casi solemnemente, disfrutando del sonido seco del papel al rasgarse, que en el silencio de la habitación sonó como un disparo. Dentro había una sola hoja, arrancada de un bloc común. En ella resaltaba la impresión negra, irregular y tosca de letras mecanografiadas. Una cinta vieja, una letra «e» que se atascaba... reconocería esa «caligrafía» entre un millón de otras; estaba quemada en mi memoria. Era la voz de mi diablo personal, de mi único y verdadero Coautor, que había guiado mi mano todo este tiempo.

«La novela es magnífica, Claire. Finalmente has aprendido a colocar los acentos correctamente, a cortar lo que sobra y a no temer a la sangre en las páginas. Pero recuerda lo más importante: un autor nunca está verdaderamente solo. Sigue escribiendo. Te veo».

Levanté lentamente la mirada hacia el espejo. El camerino estaba absolutamente vacío, la pesada puerta estaba cerrada con llave, pero yo sentía su presencia con la piel, con cada terminación nerviosa expuesta. No era un simple seguimiento físico; era algo más, algo metafísico e indisoluble. Él había empapado mi vida, mi éxito, mi propia conciencia renovada y calcinada. No se había ido a ninguna parte, nunca me había dejado. Estaba en cada línea de mi libro, en cada sombra de esta Nueva York enorme e indiferente. Observaba mi triunfo desde la primerísima fila, aunque su asiento permaneciera invisible para todos los demás.

Una sonrisa lenta, que me asustó incluso a mí misma, asomó a mis labios. Era la sonrisa de un depredador que finalmente reconoce a su creador y, al mismo tiempo, a su único adversario digno. Estábamos unidos más fuertemente que amantes, más fuertemente que víctima y verdugo. Nos habíamos vuelto un todo en esta danza infinita de sombras.

Saqué del bolso un lápiz labial rojo brillante, del color de la sangre arterial fresca. El capuchón salió con un chasquido sordo, casi íntimo. Acercándome al espejo hasta que mi aliento dejó una pequeña nube sobre el cristal, levanté la mano. Miré directamente a mis propios ojos, vueltos ahora tan fríos, penetrantes y carentes de misericordia humana como los de él. Con un trazo amplio y seguro, escribí directamente sobre mi reflejo, tachando mi propio rostro con una huella roja y densa:

«SIGUE ESCRIBIENDO».

SOBRE LA AUTORA

Julia Thorne (J.T.) habita en las sombras que separan la realidad de la ficción. Especialista en explorar las obsesiones humanas y los deseos que la mayoría teme confesar, Julia construye mundos donde el peligro y la pasión resultan indistinguibles.

Bajo las siglas **J.T.**, escribe para quienes no temen a la oscuridad; para aquellos que comprenden que el amor no siempre es amable; a veces, es una cacería. Su serie *City of Eyes* es una invitación a mirar a través de la cerradura y descubrir que, al final, siempre hay alguien observando desde el otro lado.